

**CAPITULO III****ESCENARIOS POPULARES Y EMBLEMATICOS DEL NARCOTRÁFICO**

## A) De la fama al estigma y el emblema

“Cuando se vive torcido...no hay otra que trabajar derecho”.

Arturo Pérez Reverte,

**La reina del sur.**

Varias poblaciones destacan en torno a la producción de enervantes. Aunque prácticamente en los 18 municipios sinaloenses se registra el cultivo de drogas ilícitas, y que varía en sus montos productivos de acuerdo a las características geográficas y climatológicas de cada uno de ellos, algunos se han transformado hasta en emblemas de la industria del narcotráfico. Transitaron, como anotaría Luis Astorga, de la estigmatización al emblema. Múltiples causas o razones han tenido que ver en esta caracterización. Tales poblaciones pueden ser definidas como emblemáticas por sus historias particulares; por sus creencias, leyendas y mitos; por las acciones peculiares, desviadas y “heroicas” de muchos de sus personajes; por su frecuente relación con la violencia; por las muertes y los escándalos; por las paradojas de las súbitas riquezas en medio de una generalizada e histórica pobreza socioeconómica; pero sobre todo porque han sido zonas con condiciones naturales propicias y una enredada orografía que han facilitado la siembra de la amapola y la marihuana, y que han contado además con situaciones o circunstancias sociales para que los cultivadores hayan aprendido mecanismos diversos de protección y salvaguarda de sus actividades transgresivas, partiendo de la base de la solidaridad, el honor y la lealtad en los niveles familiares, vecinales, grupales y comunales.

Al respecto anota el investigador Luis Astorga:

“Los “narcos”, integrados de múltiples formas a sus comunidades de origen y de adopción aparecieron casi milagrosamente como arquetipos por excelencia de la desviación social. Tan integrados estaban, que en

sus comunidades de origen el estigma, relacionado por algunos con el tráfico de drogas, ya se había transformado en emblema”.<sup>1</sup>

En este escenario han resaltado, entre otras, las demarcaciones municipales y ámbitos sierreños de Concordia, San Ignacio y Cosalá, en la parte sur de Sinaloa; y Culiacán, Salvador Alvarado, Guasave, Mocorito, Sinaloa de Leyva, Choix, en el centro y el norte, y fundamentalmente los legendarios escenarios de Badiraguato, municipio este último que ha sido muy socorrido en la proliferación de mistificaciones, relatos e historias orales en torno a hechos violentos y escándalos públicos, la desviación y sus “antihéroes”. Se trata de un abigarrado mundo social que ha sido objeto de múltiples construcciones simbólicas y culturales, que a su vez han dado lugar, vía diferentes medios, mecanismos y géneros de comunicación -- pasando por la ficción, el periodismo y la creación--, a la constitución de un imaginario colectivo peculiar. Nos referiremos en este apartado a las características fundamentales de los municipios más significativos, los que como mundo social han dado lugar a la generación y construcción histórica de un objeto cultural, cuyo impacto, a su vez, se ha traducido en la popularización y la masificación de modelos y arquetipos, concepciones, valores y creencias, con la injerencia sustantiva de instituciones diversas, como los medios masivos de comunicación y la industria de la cultura, además de los propios protagonistas y antagonistas involucrados en la producción o el combate de la industria de las drogas ilícitas.

“Estamos hablando de rancherías y comunidades olvidadas. Estamos hablando del corazón de la sierra”, dice en extensa conversación Segismundo Quintero, nativo de la sierra, abogado y economista, egresado de la Universidad Autónoma de Sinaloa, militante izquierdista que reside actualmente en Guaymas, Sonora, y que por razones de su propia militancia ha recorrido las montañas de Chihuahua, Durango, Sinaloa y Sonora.

---

<sup>1</sup> Luis Astorga (1996-A), *Mitología del “narcotraficante” en México*, Ed. UNAM-Plaza y Valdés, México, p. 78..

“Los pobladores nativos están y se sienten totalmente excluidos de la sociedad, de sus beneficios, pero también de sus normas y leyes. Se sienten marginados, por supuesto, del ámbito urbano y de la relación con la gran ciudad. Pero cuando tienen dinero en la mano, dólares producto de las cosechas, súbitamente los sentimientos cambian y viene una especie de “ajuste de cuentas” sociocultural. Los hombres bajan entonces a las ciudades, con todo su rencor agazapado, y con toda su ignorancia. Y consumen. Beben festiva y desenfrenadamente. Compran. Y piensan en adquirir cosas, sofisticados aparatos de sonido y enormes pantallas de televisión, pero sobre todo vehículos, “para que vean estos putos qué fuerte y poderoso soy”. Ahí es donde afloran sus complejos, sus resentimientos, sus ansias históricas de venganza”.<sup>2</sup>

Pero es uno de los propios protagonistas de la transgresión, acaso uno de los más significativos en el plano simbólico, Rafael Caro Quintero, quien describe, a través de la autopercepción, la imagen suya y de su entorno. Dice, en entrevista que le concedió a Julio Scherer desde el penal de La Palma, en Almoloya:

--(Yo) era rebelde. Se me hacía muy difícil acatar órdenes, hasta de mis padres. Me cuereaban mucho de chiquito. Yo soy de una sierra. No entraban los carros, era un barranco donde vivíamos. Cuando oíamos el ruido de las bestias o de los perros era que iba a llegar gente. Mis hermanos y yo corríamos al monte.

--¿Por qué?

--Le teníamos miedo a la gente. Es mala comparación pero éramos como animales salvajes.<sup>3</sup>

Vinculadas sus encrestadas tierras a las laderas, las faldas y a las mismas cumbres de las montañas de la Sierra Madre Occidental, en estas agrestes tierras sinaloenses han crecido y madurado formas y mecanismos transgresivos, que a su vez han llegado a construir y constituir, al paso de la historia, pautas y normas de sobrevivencia, de vida y de comportamiento. En la entidad, e incluso más allá de sus fronteras, algunos pueblos han adquirido renombre y fama por sus nexos con el quehacer de la industria de los estupefacientes, sus consecuencias y secuelas

---

<sup>2</sup> Segismundo Quintero, entrevista con el autor.

<sup>3</sup> Julio Scherer García (2001), Máxima seguridad, Ed. Grijalbo, 185.

relacionadas con la delincuencia y la muerte. La población local reconoce la estigmatización, que ha sido azuzada y ampliamente difundida por los medios de comunicación y la industria de la cultura. La música popular, particularmente el corrido nortño, y las acciones expansivas de la comunicación mediática, han sido vías eficaces para narrar y socializar popular y masivamente las pretendidas hazañas de diversos personajes, en los que han sido elevados inclusive a la categoría de mito. Y los habitantes, al paso del tiempo, aún confirman la imagen estereotipada, entre la vanagloria y el chauvinismo, con sus propias versiones e impresiones exaltadas, en torno al trasiego vivencial, los derroteros personales y las actividades de ciertos líderes de la producción y el tráfico de drogas.

Es necesario anotar que con excepción de Culiacán y Mazatlán, que son municipios que concentran un alto porcentaje de su población en la ciudad --alrededor de un 70 por ciento--, la mayoría de las demás circunscripciones municipales son netamente de características rurales. Y en el caso de los más grandes en cuanto a extensión territorial, como Sinaloa de Leyva, Badiraguato o San Ignacio, a la marginación se une la dispersión de las comunidades, las que de por sí registran bajos índices poblacionales. Buena parte de la topografía es montañosa, de lomas y cerros escarpados y de difícil acceso, incluida la mayor parte del territorio central del estado: Culiacán. Aunque los propios moradores sinaloenses han aprendido los secretos de la sinuosa y complicada Sierra Madre, a fuerza de la residencia, de la convivencia y de las mismas necesidades económicas de sus pobladores. Y con ello han aprendido también los secretos, los trucos o los artificios que tienen que ver con la cuasi furtiva, pero perenne e incesante producción de enervantes.

En la sierra las pequeñas poblaciones y rancherías serranas se encuentran distantes entre sí y desperdigadas, con caminos y veredas que permiten apenas una muy lenta y difícil comunicación terrestre, basada sobre todo en las recuas. En

ciertas zonas, como la denominada popularmente como la del “Triángulo del Diablo” (conformada por la montaña fronteriza de los estados de Sinaloa, Durango y Chihuahua), prácticamente sólo puede accederse por vía aérea y particularmente a través de helicóptero. O por medio de peligrosas, extenuantes y difíciles travesías a pie, o bien a lomo de burro, mula y caballo. Para los visitantes resultan ser, los poblados campiranos, sitios altamente riesgosos porque de hecho están acercándose o están llegando a territorios “prohibidos” y de exclusión, en los que la siembra y la producción de los estupefacientes constituye una actividad importante para la economía y el ingreso familiar. Se trata de enclaves rurales que viven en permanente tensión --entre la precaución, la desconfianza, el recelo y el miedo-- tanto por lo que significan las incursiones de comandos y batallones de las policías federales y del ejército mexicano --aunque se establezcan pactos y “arreglos” tácitos con éstos--, como por los constantes enfrentamientos con grupos y bandas rivales de productores y traficantes de otras zonas y otras comunidades.

Uno de los efectos son los crímenes y los llamados ajusticiamientos en los ámbitos rurales del estado, que durante los últimos años han dado pie a ejecuciones sumarias, las cuales han sido, por su magnitud, materia de escándalo local, regional y nacional en los medios de comunicación y en la vida pública. Por ejemplo el caso de el poblado El Limoncito de Alayá, en el municipio de Cosalá, ocurrido en febrero de 2001, en el que un grupo de sicarios sitió la población, seleccionó y capturó a punta de metralletas a doce personas de la localidad, a quienes subieron a la redila de un camión de carga y ahí los acribillaron a mansalva. Y otro hecho escandaloso se registró apenas el 10 de mayo de 2002 en la sindicatura de Ajoya, en San Ignacio, en el que fueron masacrados de forma similar once campesinos. Calificados generalmente por las autoridades como “vendetas” o “ajuste de cuentas” entre grupos rivales de delincuentes, sicarios y traficantes, lo cierto es que los enfrentamientos y los asesinatos se dan con demasiada frecuencia, y cuyas causales remiten al control de la producción, de las rutas y de los mercados de la droga, a

actos de traición, delaciones e incumplimientos de tareas y compromisos, y en muchos casos al robo de cargamentos entre los diferentes grupos.

Durante los últimos años, una nueva forma transgresiva cobró fuerza en el mundo de las drogas: la aparición de los narcos “piratas”, que se dedican a vigilar las rutas y el traslado de los cargamentos para robarle a quienes trabajan desde la siembra, el cultivo, la producción y la transportación. Por supuesto, los traficantes asaltados no pueden denunciar ante las instancias oficiales los atropellos cometidos en su contra. Lo hacen en sus propios ámbitos de desviación y determinan entonces las venganzas, que suelen ser terribles, con el sadismo propio de quienes se han sentido profundamente humillados y lastimados en su honor. De tal suerte que, en este contexto de inseguridad, alguien que no es nativo de los pequeños y marginados pueblos productores resulta inevitablemente “sospechoso” de ser policía, “oreja”, espía, informante o miembro de alguno de los múltiples grupos de la región dedicados a actividades similares, y que conforman parte del abanico de una intensa, habitual y sistemática producción. Al referirse precisamente a los secuestros y hurtos de los stocs o cargas de marihuana o amapola, así como al significado de no respetar las reglas no escritas entre los estamentos delictivos, como las del honor y la lealtad, y luego de que habían asesinado a un expresidente municipal de Cosalá, el general Gregorio Guerrero Caudillo, excomandante de la III Región Militar, afirmaba a través de un periódico local que toda “esa violencia es terrible en la sierra, hay muchos muertos, diariamente se encuentra gente amarrada y ajusticiada”. Sin embargo, la población serrana “se entera de todo; lo saben y se callan, para ellos no pasa nada” (Noroeste, 6-I-1998).

En el libro **Una vida en la vida sinaloense. Memorias de Manuel Lazcano y Ochoa**, el exprocurador estatal de justicia durante tres distantes y distintos sexenios gubernamentales, describía respecto de tal situación:

“Ahora, curiosamente, existen grupos que no siembran ni compran la droga: la roban. Son como piratas. Indagan sobre las rutas de los cargamentos y los capturan. Estos mismos piratas **bajadores** distribuyen y comercializan el producto; ya no existe ese control piramidal y cerrado de cuando los grandes capos manejaban todo. Ahora existe una especie de contrabando hormiga y hay hasta **changueros** o intermediarios de la droga. Unos **trabajan** y los asaltanarcos son como una nueva secta que se beneficia del trabajo **ajeno**, aunque evidentemente corren un enorme riesgo; por eso se explican también las venganzas y las ejecuciones que constantemente suceden”.<sup>4</sup>

Lazcano, quien también se desempeñó durante los últimos años del sexenio de Labastida Ochoa como Secretario General de Gobierno (inicios de la década de los noventa), agregaba inmediatamente que en general muchas de las víctimas del narcotráfico han sido personas que en el afán por ostentar su nueva situación económica, no se han cuidado de las consecuencias que genera el hecho de divulgar los supuestos heroísmos y grandezas en que se han involucrado ellos mismos: “Presumen de sus actos, gestas, hazañas y se dedican a propagandizarlas y con ello no hacen más que comprometerse y exponerse”. Y advertía el abogado culiacanense que en las esferas, circuitos y senderos soterrados de la desviación del mundo de las drogas, en las formulaciones de las reglas de facto que rigen “los círculos de los mafiosos” no se puede andar por ahí pregonando cosas que para la lógica interna requiere una elemental discreción. Así que ahí, “abrir la boca resulta fatal”.

“Por ello no es casual que el narcotráfico, abierta y veladamente, produzca más muertes que muchas guerras. No sólo en la fase relativa al consumo, sino en la odisea que significa el cultivo, la producción y la distribución. No pararíamos si nos pusiéramos a contar muertos en Sinaloa”.<sup>5</sup> Sobre todo --apuntaba el ex funcionario-- con el auge impresionante del comercio de las drogas ilícitas, con sus secuelas de violencia, que se forjaría a fines de la década de los setenta, cuando empieza a darse también el tráfico de la cocaína colombiana.

---

<sup>4</sup> Véase Nery Córdova (2002), *Una vida en la vida sinaloense. Memorias de Manuel Lazcano y Ochoa*, Ed. de autor, p. 265.

<sup>5</sup> *Ibid*, p. 266.



Durante los últimos años el gobierno del dirigente obrero cetemista Juan Sigfrido Millán Lizárraga ha insistido en la idea de que el narcotráfico, a través del lavado de dinero, se infiltró en la economía desde hace tiempo y con el manejo de porcentajes (más del 60 por ciento está infiltrada, según su apreciación) los sectores empresariales de Sinaloa han reaccionado con molestia. Sin embargo, dada la constancia también de la violencia, la cual sí es evidente y puede demostrarse, en la actualidad el gobierno del estado la ha reconocido como una cuestión prioritaria. En el propio Plan Estatal de Desarrollo 1999-2004, el gobierno estableció que “La incidencia delictiva en la entidad ha ido en aumento durante los últimos años; esto ha generado un clima de inseguridad que pone en riesgo la vida y el patrimonio de los sinaloenses. Los promedios anuales de incidencia de delitos se han mantenido en niveles preocupantes”. Concretamente, entre 1993 y 1998, en el diagnóstico oficial se destacan precisamente los ilícitos más significados ocurridos en el período:

--Homicidios.....	3,368
--Violaciones sexuales.....	663
--Delitos por lesiones.....	15,042
--Robos con violencia.....	16,610
--Secuestros.....	152
--Asaltos bancarios.....	91

Como partes últimas o iniciales de la cadena delictiva de la industria de los enervantes, en realidad los campesinos y las familias dedicadas a la siembra, el cuidado, la cosecha, el empaquetamiento y el traslado del producto, son los menos beneficiados de las enormes riquezas que genera la actividad. Aunque obtienen ciertos satisfactores, con un poco más de ingresos y recursos que si se dedicaran únicamente al cultivo de productos alimenticios, los trabajadores rurales de las drogas, en su mayoría, sólo obtienen lo fundamental para comer y sobrevivir en medio del abandono social. Las ganancias en miles y millones de dólares se quedan

en otros lados, en otras manos, tanto de los grupos de traficantes como entre quienes pretendidamente combaten la actividad.

Un aspecto importante en los espacios rurales es que, de hecho, los habitantes no ven ni conciben su labor agrícola peculiar desde una perspectiva moral, ni tampoco inscrita en los ámbitos de la desviación social, sino sencillamente como una actividad económica para enfrentar las dificultades y penurias de su existencia. Sin embargo, reconocen los permanentes peligros y riesgos a los que están enfrentados, tanto en el terreno de la legalidad, como frente a la diáspora de la violencia que entraña una industria y una actividad ilegal; ellos intuyen y saben que son la parte más débil o desvalida de la industria, la cual tiene que ver con intereses de magnas dimensiones y que reditúan enormes beneficios a múltiples intermediarios. La defensa de los propios intereses de los productores iniciales resulta entonces una necesidad vital, que en general se torna en una lucha aciaga, soterrada y abierta por la vida, a sangre y fuego y al filo constante del crimen, marcada la existencia por la disyuntiva de la famosa frase de “la plata o el plomo”. En el norte, el centro y el sur, en las montañas, los valles y también en la costa, la producción local y el tráfico de las drogas que vienen de Sudamérica, son más que una fiebre o un **boom** coyuntural. Se trata de productos sustantivos no sólo para la economía regional, sino igualmente para la economía nacional.

El experimentado político Manuel Lazcano y Ochoa, que específicamente fue procurador en los años cuarenta con el gobierno del general Pablo Macías Valenzuela; en los sesenta con Sánchez Celis; y en los ochenta con Labastida Ochoa, llegó a advertir sobre la “desmesura” y la magnitud del fortalecimiento de los alcances y las acciones de la industria de los narcóticos ilegales:

“En las regiones de la costa sinaloense, ejidatarios y pescadores son ya consumidores de cocaína. Podría pensarse, a partir de los esquemas clásicos, que la coca es para las élites; pues no. A los ejidatarios y

pescadores los grandes narcos los ocupan como receptores, acarreadores y burreros y sencillamente les pagan con droga. Parece una locura, pero así es en toda esta parte de la costa del Pacífico, desde Mazatlán hasta Los Mochis, pasando por el centro, los rumbos de El Dorado, Altata y Angostura, entre otras zonas. Es una cosa exagerada, pero real: la costa sinaloense invadida por el narcotráfico. Nunca lo hubiese imaginado. Ha sido una perversión acelerada, sobre todo cuando se observa el problema como propio de las zonas serranas. La costa es la nueva situación, inédita, en el afianzamiento del narcotráfico sinaloense, no sólo por lo que se siembra y se produce ahí, sino sobre todo por lo que viene del sur del continente a través de embarcaciones marítimas o de los aviones que avientan los paquetes al mar para ser recogidos en lanchas por los pescadores ribereños. En muchos casos la pesca se ha transformado básicamente en parapeto, máscara y disfraz; un pretexto para justificar que se trabaja y se tienen ingresos legítimos, una manera de ocultar las actividades que verdaderamente les da ingresos económicos sustantivos a los “pescadores de la droga”.<sup>6</sup>

Por su parte, José Angel Sánchez López, exsubdirector del diario **El Debate**, de Los Mochis; y exdirector de los periódicos **El Debate**, de Culiacán; del **Diario de Sinaloa**; y de **El Sol del Pacífico**, que le permitieron conocer prácticamente todo el estado en el lapso de los últimos 30 años, precisamente durante el período de afianzamiento, “esplendor” e intensificación de la violencia y del tráfico de enervantes, en entrevista hace un recuento y dice que, a su juicio:

“La violencia en los últimos sexenios comenzó a registrar un mayor auge en Sinaloa a partir de los años finales del gobierno de Leopoldo Sánchez Celis. Lo recuerdo. Sobre todo porque en ese tiempo comenzaba mi quehacer periodístico. Previamente a ese repunte, se hablaba en aquella época de un acuerdo entre el gobernador Sánchez Celis y los grupos del narcotráfico para que dirimieran sus problemas fuera del estado.

“Sin embargo, resulta importarte observar que la violencia bajó de la sierra. Los sinaloenses tienen el carácter fuerte, sí. Pero los problemas de la violencia, además de la parte que en efecto nos corresponde, bajaron de la sierra junto con los emigrantes y se fueron arraigando. Bajaron de las alturas de las montañas a los valles y las ciudades. Y no sólo de la sierra sinaloense, sino de las de Chihuahua y Durango. Nos

---

<sup>6</sup> Nery Córdova, **Op. Cit.**, p. 252.

encontramos en el norte del estado muchos apellidos que en realidad son de origen chihuahuense. Podríamos citar una serie de apellidos que no son de Sinaloa o que no provienen de las corrientes naturales de la República”.<sup>7</sup>

La migración fuerte inició durante los primeros años de los setenta, pero se incrementaría drásticamente durante la Operación Cóndor, a mediados de la misma década. “Los emigrantes --precisa José Angel Sánchez-- eran de extracción rural: “sierreños”, como les llamamos”. De acuerdo con la versión del periodista sinaloense, éstos bajaron de los altos de los montes debido a la creciente violencia y a los conflictos con otros grupos y familias dedicadas ya a la aún incipiente producción de drogas en la región. Es decir: centenares y miles de individuos, con sus familias, huyeron de un ambiente social hostil, que en parte ellos mismo habían contribuido a generar, pero que al final de cuentas no pudieron asimilar, controlar o enfrentar.

El economista, historiador y periodista norteamericano Sam Quinones, que ha estudiado algunas facetas del fenómeno del tráfico de drogas desde hace años, tanto en California como en México, anota que

“el ejército entró a la sierra atacando a los traficantes y a rancheros inocentes con el mismo vigor. El estado perdió unos dos mil pueblos y rancherías en esos años ya que la gente abandonó sus casas, tierras y animales y bajó de la sierra a las ciudades”.<sup>8</sup>

De manera que decenas de miles de campesinos habrían de “bajar a refugiarse”. Y se quedarían perdidos en los barrios pobres de las ciudades. Pasaron a engrosar los cinturones de miseria urbanos. Muchos también bajaron a los valles y a los pequeños pueblos del sector rural sinaloense, en las sindicaturas, los ejidos y las

---

<sup>7</sup> José Angel Sánchez López, entrevista con el autor, julio de 2001.

<sup>8</sup> Sam Quiñónez (2002), **Historias verdaderas del otro México**, Ed. Planeta, México, p. 261.

comunidades. Se distribuyeron en los ricos valles de El Fuerte, en el norte; en los de Guasave y Culiacán, en el centro; así como en tierras y ámbitos urbanos del sur.

En el recuento, el periodista José Angel Sánchez, que preside el Comité Estatal de Consulta y Participación del Consejo Estatal de Seguridad, un organismo cívico coadyuvante contra la violencia, reitera que los migrantes tuvieron que ver de forma decisiva, a través de la interacción, de la integración y de la convivencia sociales, en los cambios socioculturales que se registraron en los ámbitos rurales e incluso urbanos de Sinaloa durante las últimas décadas. Y afirma:

“Ya traían los “serranos” las costumbres, los hábitos y la condición violenta. Mentalidad en el uso de armamento. Nos tocó conocer inclusive a jovencitas que eran expertas en el manejo de armas. Era algo que ya habían aprendido, que trajeron de fuera. Todo esto influyó mucho para que en el estado se expandiera y se intensificara, la ya de por sí condición violenta de la población sinaloense, para que ocurriera esta efervescencia y su reverberación”.<sup>9</sup>

En este contexto, la campaña contra la producción y el tráfico de estupefacientes dio pie a las violaciones de los derechos humanos de propios y extraños, involucrados o no en el narcotráfico, a múltiples atropellos y crímenes y a enriquecimientos “inexplicables” de empresarios, políticos y funcionarios policiales, así como de mandos militares y de judiciales federales. La prepotencia y los abusos de autoridad de parte de éstos hicieron huir a cientos y miles de hombres, mujeres y niños, de los campos y las sierras de Sinaloa, Durango y Chihuahua. Y como una paradoja, ni el cultivo ni el tráfico de drogas ni la violencia disminuyeron. Por el contrario: a partir de esos años los gavillas transgresivas y el narcotráfico se fortalecieron y se incrementaron no sólo en la región noroccidental de México, sino que se expandieron y ramificaron a lo largo y ancho del país, con el inicio del tráfico de cocaína proveniente de América del Sur.

---

<sup>9</sup> José Angel Sánchez López, entrevista con el autor, julio de 2001.

Segismundo Quintero es un universitario, oriundo de la sierra en el centro del estado, que ha seguido más o menos de cerca el derrotero del narcotráfico en Sinaloa. Como militante político izquierdista ha recorrido el territorio desde hace años. Vivió y se crió, hasta 1975, en un poblado ligado al cultivo de enervantes y “a esta extraña y retorcida, pero realista, cultura del crimen y de la sobrevivencia”. Describe las zonas productoras de marihuana, pero principalmente de amapola, con detalles herbolarios, climatológicos y socioculturales:

“La amapola requiere mucha agua y la tierra se tiene que trabajar muy delicadamente. Las semillas son muy chiquitas, y entonces tiene que haber cierta distancia entre ellas durante la siembra para que salga y crezca bien la puya. Si crecen bien, las plantas rebasan la estatura de una persona; alcanzan un promedio de un metro de altura, con una diversidad de unas 50 (de donde se extrae la goma del opio) que rinde cada planta. ¡Una chulada! Y rojísima la flor. Muy hermosa. Yo creo que nuestros campesinos --esto es muy subjetivo por supuesto, pero me da esa impresión, y quiero pensarlo así-- también se enamoran de su trabajo y se subyugan por estos productos finales que les cuestan tanto esfuerzo, tanta dedicación y tanto riesgo”.<sup>10</sup>

En este escenario casi plástico, Segismundo Quintero, economista de formación, aclara que, por otra parte, resulta muy complicado tener acceso a las zonas para registrar de forma cercana la información empírica. Las gavillas de asaltantes, sicarios y traficantes son muy fuertes. “Prácticamente actúan en la impunidad”. En los amplios territorios boscosos, de abruptas e intrincadas cañadas del municipio de San Ignacio, apunta el que fuera militante de un partido ya desaparecido:

“hay grandes zonas donde las cuadrillas de vigilantes de los territorios no dejan entrar a nadie; ni las fuerzas del gobierno pueden entrar, mucho menos los investigadores. Pero es aún más difícil por los rumbos de Badiraguato, Mocorito y Sinaloa de Leyva. Además, en los poblados y rancherías

---

<sup>10</sup> Segismundo Quintero, entrevista con el autor, desde algún lugar de la sierra sinaloense, enero de 2001.

funcionan con eficacia las redes de vigilancia, control y comunicación. Si llevas a alguien a esos lugares sin comunicar claramente de quién y de qué se trata, de inmediato la comunidad se alerta, se pone en guardia. Y cuando menos lo piensas ya está formado todo un cerco. Digo esto porque yo tengo conocidos y amigos también en estas partes del estado. Y algo que debe tomarse en consideración estriba en que pondríamos en riesgo a los propios conocidos, a sus familias”.<sup>11</sup>

Entusiasmado, prosigue Segismundo la descripción de un mundo que él dice conocer desde que era un niño:

--Andas hasta las cachas con las armas. Todo mundo anda armado. Bonitas pistolas. Relucientes. Nuevecitas. Ejercen una especie de hechizo entre los lugareños. Se da como un culto al poder que transmite la pistola. Por cierto, ahí en el rancho (por donde nace el río Evora, en la sierra fronteriza con Durango) acaban de matar a uno (enero, 2002) que trabajaba de surtidor de transportistas y distribuidores libres. Tenía una cuenta pendiente. Yo lo único que supe fue que había tenido una negociación con el gobierno, pero no sé si era también un lavador de dinero. No sé más. Hay que ser muy cautos y precavidos porque en este caso la actitud de venganza de los traficantes fue exagerada, devastadora, contra él y contra su familia. Ya estás en un terreno muy peligroso. Estamos hablando de la región del río Evora, que tiene colindancia con los “traicioneros” de Durango.

--¿Porqué son “traicioneros” los de Durango?

--Hay un pleito muy viejo entre grupos sinaloenses y duranguenses por el control del territorio, por el ejercicio del poder, por el dominio de las **rosas** (tierras de alto rendimiento y especialmente productivas de amapola). Ha sido un conflicto histórico, de estado a estado, y muy probablemente entre grupos políticos importantes, con intereses políticos encontrados.<sup>12</sup>

En la extensa conversación, Segismundo Quintero, quien llevó inclusive al ahora secretario de Relaciones Exteriores, Jorge Castañeda, a dar unos paseos por los bajos fondos mazatlecos (“como investigador él tenía interés en observar la labor de zapa de los vendedores de droga en su trato con los consumidores”), también confiesa pasajes de su juventud y rememora:

---

<sup>11</sup> Ibid.

<sup>12</sup> Ibidem.

“Yo estuve yendo hacia las zonas del conflicto con las cofradías de Durango, cuando trabajaba con mis familiares. Yo iba y entregaba “mercancía”. Pero en toda la parte de arriba, en la sierra, se miraba y se sentía muy tenso el ambiente. Mucha gente desconfiaba o simplemente no te hablaba. Pero bueno, por otra parte, hay que señalar que estamos hablando de las zonas más ricas para la producción de amapola. Se trata de la parte donde nace el río Evora, por la región del Tamazula. Son extensiones considerablemente grandes, llenas de pinos, cañadas demasiado oscuras, impenetrables, lugares donde nada más entras con helicóptero y hay partes donde si la mula --si la usas-- da un pasito en falso, caes a despeñaderos de 200 y 400 metros de profundidad. En efecto, las regiones “chingonas”, de altísima productividad, son las de Badiraguato, el río Evora, Santa Fe, Las Delicias, los Angeles...entre otras zonas del llamado “Triángulo Dorado”, “Triángulo de la Muerte” o “Triángulo del Diablo”, en la verde y al mismo tiempo tortuosa frontera de Sinaloa, Durango y Chihuahua”.<sup>13</sup>

Podría sostenerse que en los turbios escenarios delictivos del ámbito de las drogas ilícitas de Sinaloa, el municipio más fielmente representativo es el de Badiraguato, territorio donde la aplicación de las leyes del sistema se han difuminado y enrarecido bajo el imperio de la transgresión o la desviación social. Condensa historia, contexto y objeto cultural, un mundo de la vida construido por agentes sociales internos y externos y que es percibido en la actualidad, bajo el tenor y los ruidos de la violencia, como un municipio crucial en el surgimiento y desarrollo de la industria de los enervantes en México. Y el municipio de San Ignacio, aunque de menor importancia y de menor cuantía productiva que otras zonas, es un escenario mitificado por las acciones de un traficante que estableció estrechos vínculos con la vida pública a través de los negocios, la política y la comunicación mediática.

El distintivo de San Ignacio estriba en que se trata de una tierra de producción de drogas relativamente reciente en el estado, comparada con otras latitudes de la sierra sinaloense. Es necesario destacar que, de cierta forma, se trata de un contraste

---

<sup>13</sup> Segismundo Quintero, *Ibid.*



entre dos municipios que han sido relevantes en el imaginario colectivo respecto del mundo de las drogas; aunque en Badiraguato múltiples grupos familiares con historia y “estirpe” (Quintero, Avilés, Abitia, Caro, Elenes, Carrillo, etc.) hayan tenido una influencia decisiva en el delineamiento del perfil transgresivo de la zona; en cambio, San Ignacio lo ha sido fundamentalmente por el protagonismo del grupo de los Salcido, y de los Lafarga. Pero ambas demarcaciones municipales, en su mayor parte con una accidentada orografía de tupida vegetación, así como de una crítica e histórica marginación socioeconómica, resultan esenciales en la representación social del narcotráfico sinaloense. El hecho es que, con mayor o menor historia en estos específicos quehaceres, han formado parte de los escenarios más significativos de esta esfera de la desviación.

## **B) San Ignacio**

Ubicado al sur del estado, el municipio de San Ignacio --tierra del guerrillero y precursor revolucionario de 1910 Heraclio Bernal, y del gobernador Rodolfo T. Loaiza, asesinado durante un carnaval en Mazatlán en el año de 1944, crimen que desde ese tiempo se vinculó también al problema de las drogas-- ha sido uno de los poblados emblemáticos de Sinaloa vinculados a la producción y al tráfico de estupefacientes. Manuel Salcido Uzeta, “El Cochiloco”, nativo de la sindicatura de San Juan de los Frayles, fue uno de los personajes más destacados, desde las trincheras de la desviación social, en la vida pública regional y nacional. El mito en torno a sus hazañas se empezó a gestar desde los tiempos en que fue aprehendido en Guadalajara y encarcelado en una penitenciaría de Culiacán; y particularmente desde que se fugó del reclusorio “comprando”, cesando y nombrando subrepticamente a vigilantes, personal y funcionarios de la cárcel de la capital sinaloense. Según se consignó en los medios periodísticos, salió del penal a fines de 1975, como Juan por su casa, acompañado tranquila y pasmosamente de varios custodios, que en realidad eran sus subalternos. El gobernador de la época Alfonso Genaro Calderón declararía precisamente que el llamado “Cochiloco” se había ido de la reclusión cuando se le dio la gana: “Se salió cuando quiso”.

Forjado a imagen y semejanza de los bandidos “generosos”, el jefe “narco” aún es recordado con afecto por sus paisanos, dada su “filantropía” y su generosidad con el pueblo y el municipio donde nació, a pesar de la fama de “sanguinario” que el “capo” cultivó durante los años de ejercicio de sus poderes transgresivos. Y recuerdan, hasta con melancolía, especialmente las dadivosas fiestas que organizaba para la comunidad, sobre todo en las tumultuarias celebraciones del 24 de junio, día de San Ignacio de Loyola, santo patrón municipal. Inclusive muchos habitantes aún se muestran renuentes a aceptar o asimilar la idea de su fallecimiento, ocurrido hace un poco más de una década (9 de octubre de 1991), en un atentado con armas de alto

poder y granadas en la ciudad de Guadalajara, Jalisco; previamente había residido durante varios años, con otra identidad, en el estado de Colima, como un próspero empresario que era amigo de políticos de primer nivel en esa región, incluido el gobernador de la entidad. Ahora, algunos vecinos de San Ignacio, de San Juan y de Coyotitán rememoran el “don de gentes”, el paternalismo, el “sentimentalismo” y los afectos de “Don Manuel Salcido”, que para empezar “tuvo una vida familiar difícil”, de extrema pobreza, con varios hermanos muertos, pero que a la postre le dio a su tierra, gracias a “su trabajo”, a su valentía y a su audacia, “más obras de beneficio colectivo que las realizadas por el propio gobierno”. Y ese agradecimiento popular, por las obras y su interés en el pueblo, que incluye al deseo de que “Manuel todavía se encuentre con vida” en algún lugar del mundo --justifica con énfasis Ramsés Lafarga, vecino del pueblo de Coyotitán--, se debe más que nada a que el jefe narco sabía ser humilde, sencillo y amigo, a pesar de su enorme poder: lo que dice la gente sobre esto no es más que “la puritita verdad”.

La idea de que Salcido Uzeta no fue asesinado, es compartida inclusive por algunos periodistas en Mazatlán, lugar donde el “Cochiloco”, rememorado musicalmente también como “El Gallo de San Juan”, había además sentado parte de sus “reales” o de sus intereses, y en donde se había propuesto crear un emporio periodístico con el apoyo o la venia de periodistas del puerto, con los cuales sostuvo varias reuniones para ese propósito. Dueño de residencias, negocios diversos, cines y hoteles en el puerto mazatleco, además de un famoso rancho ganadero denominado “Los Angeles” en los confines sinaloenses del sureño municipio de Escuinapa, cuyo casco hacendario tenía una cercana vecindad --de unos 200 metros-- con el rancho “Las Cabras” del exgobernador Antonio Toledo Corro, el jefe “narco” Manuel Salcido Uzeta ejerció sus poder de fuego y monetario, impunemente, en la dicotomía de los ámbitos de la ilegalidad y de la legalidad.<sup>14</sup>

Felipe Guerrero Bojórquez, comunicólogo, jefe de información del diario mazatleco **El Sol del Pacífico**, en amplia conversación, recuerda los vínculos que estableció “El Cochiloco” con los periodistas: “Se iban a echar la copa, e incluso

---

<sup>14</sup> Ramsés Lafarga Ayala, entrevista con el autor.

hubo quienes le pidieron y le hicieron entrevistas”. Y cuenta que en una casa de campo, cercana al puerto, invitaba a reporteros, comunicadores, al mismo tiempo que a distribuidores de cocaína y de otros estupefacientes, para que convivieran en reuniones y fiestas en donde por supuesto circulaban las drogas para el consumo de los asistentes, así como dólares: “narco embutes”, o “narco chayotes”, con el propósito de lograr “una relación complaciente”. Pero no sólo se establecieron vínculos de ese tipo, sino también en otros círculos sociales, en el plano por ejemplo de los apoyos de los “narcos” a las obras de infraestructura de los pueblos, o las donaciones a diversas instituciones. Dice el periodista, ex conductor también de noticieros televisivos, que en el sector rural las obras son múltiples, de distinto tipo. Y anota una anécdota:

“”Hay una iglesia aquí en el municipio de Mazatlán, en un poblado que se llama Veranos, que se cayó en el año de 1993, quizá en 1994, debido a las inundaciones. Era una iglesia que databa del siglo XVIII. Entonces hubo aportaciones para reconstruirla, pero quien hizo la aportación fuerte fue un tal “Batete”, muy conocido en la región, como uno de los sembradores y compradores de droga más importantes. Lo curioso, o ya no tanto, es que hay fotografías del entonces alcalde Alejandro Camacho Mendoza, inaugurando las obras de reconstrucción con el mentado “Batete”. Claro, el edil mazatleco habría de justificar los retratos señalando que no sabía a qué se dedicaba el altruista sujeto. Y te vas a encontrar con gente así, como el famoso “Indio” del Tecamate de La noria. Había dos “Indios”; uno ya se murió. El caso es que individuos así abundan en el estado”.<sup>15</sup>

Las anécdotas en torno al “Cochiloco” y su relación con los medios periodísticos son reiteradas por el periodista José Angel Sánchez López, ex director del diario porteño **El Sol del Pacífico**. En varias entrevistas sostenidas con el periodista, confirma lo que en su tiempo fue un secreto a voces:

“Manuel Salcido se convirtió en empresario en Mazatlán. Trató de cultivar, también, una buena relación con los medios de comunicación.

---

<sup>15</sup> Felipe Guerrero Bojórquez, entrevista con el autor, diciembre de 2001.

Para él resultaban cruciales. Hubo reuniones. Comidas especiales para la gente de los medios. Les decía: “Yo fui narco, pero ya no lo soy. Ahora soy empresario y quiero integrarme a la sociedad”. Las asistencias a los convivios con el jefe narco eran regulares, más o menos constantes”.<sup>16</sup>

Por su lado, una socióloga egresada de la Universidad Autónoma de Sinaloa, investigadora de la temática sobre la violencia y la migración en el campo sinaloense, afirma con seguridad que, de acuerdo a sus fuentes primarias de información (cercanas, según revela, a familiares y allegados del propio Manuel Salcido Uzeta), éste supuestamente aún sigue con vida y que además reside actualmente, con otro rostro producto de la cirugía y bajo otra identificación, en algún país del occidente europeo. Expresa que el incidente de Guadalajara fue un montaje de estruendo realizado con la venia de las autoridades de la época. Aunque los crímenes entre narcos se caracterizan por la espectacularidad y la exageración – “para que se note precisamente el mensaje de los ejecutores”--, al presunto Salcido Uzeta, en el atentado de Guadalajara, le destrozaron el cuerpo con más de 90 balazos de alto calibre para dejarlo, con toda intención, irreconocible. Por su lado, sin embargo, los medios de comunicación y las versiones gubernamentales, en relación con la muerte del mítico personaje, siguen sosteniendo lo contrario de lo que se piensa y se cree en la sierra sinaloense, y particularmente en las atribuladas tierras de San Ignacio, sitio en el que su imagen y su figura se han convertido en un icono popular de la memoria.

El periodista Felipe Guerrero, que ha incursionado también en la radio local dirigiendo programas informativos, recuerda el incidente en el cual el ex jefe “narco” Miguel Angel Félix Gallardo, recluso desde 1989 en el penal de La Palma, de Almoloya, efectuó una importante donación económica para la construcción de la biblioteca central de la Universidad Autónoma de Sinaloa, en Culiacán, en los años

---

<sup>16</sup> José Angel Sánchez López, entrevista con el autor, diciembre de 1991.

ochenta, durante el período rectoral de Jorge Medina Viedas. Y agrega, sarcástico, que las mismas instituciones encargadas o responsables

“de producir y reproducir los valores culturales también están permeadas. Incluso hay filtraciones del dinero “sucio” en candidatas a reinas, en directores de escuelas, hasta en elecciones de rector de la Universidad, aparte de las representantes populares; respaldadas sus campañas por músicos que hacen apología del “narco”. Ha sido aberrante, por ejemplo, que la última sucesión --que llevó al cargo de rector de la UAS a Gómer Monárrez en 1991-- haya estado marcada por esos patrones. Se dieron el lujo de traer al cierre de campaña, desde Miami, a la banda El Recodo, además de otros cantantes como Julio Preciado y el llamado “Coyote”. Y así, encontramos en instituciones diversas, todos estos signos corrosivos”.<sup>17</sup>

Destaca el comunicólogo nacido en Los Mochis, pero avecindado desde hace unos 20 años en el puerto mazatleco, que la industria de las drogas

“ha degenerado y corrompido muchas cosas y ha infiltrado y determinado las relaciones económicas en el mercado, en las relaciones mercantiles. No sólo se vende y se consume mucha cocaína, sino alrededor del “narco” **se ha conformado una forma de trabajar, de producir, de crear y de vivir**”.<sup>18</sup>

El columnista político de **El Sol del Pacífico**, luego de poner especial énfasis a sus expresiones, ejemplifica con los afiches, la moda, la vestimenta, los adornos personales, las joyas, la arquitectura de las casas, la diversión, la música: “Imponen la moda hasta en la marca de los vehículos”: antes de las camionetas de la actualidad, las “Lincon”, fueron las “Winstar”; previamente a éstas las “Durango” y las “Lobo”. En un principio habían sido las “Rams”, las “del borreguito”. Las “Cherokes” son de los federales y las “Suburbam” son de los políticos. “A estas últimas no se suben los “narcos””, ironiza Guerrero Bojórquez, periodista que

---

<sup>17</sup> Felipe Guerrero Bojórquez, **Ibid.**

<sup>18</sup> **Ibidem.**

también ha escrito un par de libros, donde destacan los relatos, ambientados, para variar, en los escenarios de la violencia del norte del estado.

Respecto de la forma de vida en los ámbitos rurales, y de la siembra de estupefacientes, dice Felipe Guerrero Bojórquez, “se ha convertido en una actividad de sobrevivencia”, principalmente en las zonas aptas para el cultivo de adormidera y marihuana. Los campesinos, en la práctica, no tienen de otra, porque las pequeñas inversiones en productos tradicionales son “inútiles”, dada la naturaleza del mercado actual. En todo caso tales siembras (frijol, maíz, jitomate, calabaza), son sólo para el autoconsumo. Compara y explica que si los propios productores de maíz, fuertes e importantes de los valles, tienen serios problemas para la comercialización, entonces hay que imaginar los problemas de los campesinos pobres. Y habría que imaginarse, por ejemplo, a los habitantes comunes de la sierra,

“que no tienen acceso al crédito o al financiamiento, la mecanización, la irrigación o el transporte, aparte de la complicada situación geográfica y orográfica en la que se encuentran. Desde el gobierno se sabe con claridad que esas comunidades sobreviven exclusivamente a partir de que sus gentes se convierten en productores de drogas y que contratan a trabajadores de los alrededores para que sean sus sembradores, cuidadores o cosechadores. De tal suerte que se ha transformado en una forma de vivir que los campesinos defienden, y garantizan, hasta con el riesgo de su propia vida. Crean por ello una infraestructura y una logística de defensa, en donde por ejemplo el arma no sólo se ocupa para defenderse de bandoleros, sino que es una herramienta más del trabajo, dentro de los marcos de la desviación social, concebida ésta desde una perspectiva filosófica de existencia vital”.<sup>19</sup>

En este contexto, en el municipio rural de San Ignacio, en el que viven unos cuantos miles de habitantes, la economía informal del narcotráfico representa una importante fuente de ingresos y son más que notorios los sembradíos de drogas, no

---

<sup>19</sup> Felipe Guerrero Bojórquez, **Ib.**

sólo en las intrincadas cañadas de la sierra, sino incluso junto a los sembradíos de sorgo, cártamo, maíz o frijol; junto a los pastizales ganaderos y a la propia vera de los caminos. Dada la conformación del territorio, que hace frontera también con el estado de Durango, al oriente, y con Mazatlán y el Océano Pacífico al sur, los campesinos cultivadores de estupefacientes han encontrado en las montañas de la Sierra Madre un ambiente propicio para desarrollar sus actividades. La extensión territorial de San Ignacio es de 4, 651 kilómetros cuadrados, en donde viven menos de 30 mil habitantes. De tal suerte que se trata de un intrincado territorio cuya superficie es mayor que la de todo el estado de Tlaxcala (éste tiene una población cercana al millón de habitantes, distribuidos sobre 3, 914 kilómetros cuadrados); y la superficie de San Ignacio es también casi igual a la del estado de Morelos (que cuenta con más de un millón de habitantes, en 4,941 kilómetros cuadrados).

Los poblados, rancherías y comunidades de San Ignacio, que pertenecen a 8 sindicaturas (San Ignacio, San Javier, Ajoya, Contraestaca, San Juan, Coyotitán, Dimas e Ixpalino), se encuentran muy distantes entre sí, en la diversidad montañosa de su accidentada, abrupta y casi inaccesible geografía. Sólo tres de sus 327 poblados rebasan los 2,500 habitantes: San Ignacio, Piaxtla de Abajo y Dimas; y de aquéllos, más de 250 localidades no rebasan ni siquiera los 50 habitantes. Como es obvio, la diferencia de habitantes es abismal frente a las dos entidades del centro del país citadas. Se trata de una demarcación serrana prácticamente despoblada --con una muy escasa densidad de población por kilómetro cuadrado--, en el que florecen durante todo el año, sin embargo, los cultivos de amapola y marihuana, desplegados sobre todo en las hondonadas, las cañadas, los faldones y las alturas de los fríos montes y serranías, que llegan a registrar alturas de hasta casi 3 mil metros sobre el nivel del mar.

En un estudio se destaca que “la irregularidad topográfica del municipio y el nivel económico de la región han determinado una fuerte dispersión de los



asentamientos humanos”. Se establece, asimismo, que “el nivel de ingreso de la población es precario”, en el que alrededor de un 25 por ciento “no percibe ingreso alguno” y más del 40 por ciento solamente percibe de uno a dos salarios mínimos. Como un dato ilustrativo respecto del empleo formal, IMSS e ISSSTE sólo registran a unos 730 trabajadores. En cambio, se consigna oficialmente por cierto a uno de los más notables índices de analfabetismo de la entidad: más del 13 por ciento, cifra que apenas en 1980 rebasaba el 20 por ciento, de acuerdo a los datos oficiales.

Para tener una idea más clara respecto de la orografía de éste que es el cuarto municipio más extenso del estado, es pertinente puntualizar que en él pueden identificarse varias elevaciones montañosas distribuidas sobre la mayor parte del espacio territorial, y que forman parte de la Sierra Madre Occidental: las sierras de “Las Ventanas” (hasta 2,292 metros de altura sobre el nivel del mar); “Del Potrero” (2,801); “Del Candelero” (2,123); “Los Brasiles” (1,654); “Del Tambor” (2,700); “Los Frailes” ( 2,700); “Del Carmen” (2,000); básicamente éstas constituyen un accidentado, inescrutable y laberíntico espacio territorial en el que habita apenas el uno por ciento de la población total de Sinaloa. Pero se trata de un hábitat en el que, según alcanzan a reclamar los nativos del lugar, a pesar de la extrema pobreza, del abandono y la marginación, y pese a las dificultades representadas por la naturaleza, “de algún modo y de cualquier manera la gente tiene que ingeniárselas para comer y vivir”: enfrentando los riesgos y los peligros de la desviación social, en medio de la violencia, entre los lindes de la vida y la muerte.

Una reciente crónica periodística (premiada por cierto en un certamen estatal universitario) sobre el trabajo de fuereños en las montañas sinaloenses --que pueden ser profesores rurales, comerciantes, trabajadores del Estado, académicos, investigadores, encuestadores o capacitadores, por ejemplo--, ofrece una imagen ilustrativa sobre la dinámica de la vida en la región, sobre sus riesgos y sus peligros: para los “forasteros” que se internan en la sierra

“...la vida vale menos que eso: la vida es según la suerte que cada quien trae a cuevas...Capacitar a quienes habitan entre las montañas del sur de Sinaloa --trasladarse a pie, en bestias, en avioneta, a dos, 20, 30 u 80 kilómetros después de dejar el camino maltrecho, escarpar montañas, desafiar la creciente de los arroyos, tener la “suerte” de no toparse con unos AK-47 ocultos entre el ramaje--, es un trabajo casi de héroes...Decenas de pueblos han quedado solos, entre las faldas de la miseria. Los “fantasmas” se multiplican, a cada bramido de odio...Y pobre de aquél que no sepa en qué vereda, o a partir de la falda de qué cerro, empieza el territorio “sin ley”. Sin embargo, algunos pobladores se resisten a huir, porque irse de aquí es “como empezar a morirse”...A causa de las masacres y la violencia, quedan pueblos con dos, tres o cuatro habitantes...”<sup>20</sup>

En efecto, diversas zonas rurales se encuentran deshabitadas; abundan las rancherías sin población, como espacios arrasados por las amenazas y el asedio de bandoleros y sicarios y por la propia muerte. Ofrecen precisamente la impresión de “fantasmales”, dada la constante migración que se registra como un fenómeno relacionado con la violencia y el narcotráfico, desde dos o más frentes: lo que se produce por las acciones propias de los traficantes, que tratan de controlar o expandir sus áreas de influencia; y las acciones represivas de las corporaciones policíacas y militares que constantemente caen en excesos no sólo contra los productores, sino contra la población en su conjunto. Muchas familias, pero sobre todo los jóvenes en edad de trabajar, han preferido emigrar e irse a las ciudades de Sinaloa y de otros estados fronterizos o hacia Estados Unidos para escapar de la cotidianeidad de la violencia en sus tierras, que de por sí ofrece pocas oportunidades para contar con empleos elementales dentro de los márgenes de la legalidad; y por si no fuese suficiente, éstos además --por la pobreza, la miseria, el desempleo, la marginación y en general por las circunstancias socioeconómicas y culturales de la región-- resultan bastante estrechos. Pueblos y rancherías disminuyen paulatinamente el número de sus moradores. Y en ciertos casos, en zonas muy

---

<sup>20</sup> José Alfredo Beltrán, “Capacitadores electorales en la sierra. Héroes sin pedestal”, diario **Noroeste**, Mazatlán, Sin., 5-X-2001.

apartadas de las cimas montañosas, las casuchas y cabañas se encuentran ya totalmente derruidas por la acción del abandono.

Porque resulta revelador anotamos íntegro un testimonio publicado por el periodista José Alfredo Beltrán en su periplo periodístico por la sierra de San Ignacio:

“Una ráfaga de disparos despertó a Pedro Manjarrez, avisándole que esa noche la muerte estaba tocando su puerta.

“La boquilla de un “cuerno de chivo” se detuvo amenazante en la sien del capacitador electoral, quien recorría la sierra, capacitando a los ciudadanos que fueron funcionarios de casilla el 2 de julio de 2000.

“--¡Te va a llevar la chingada—le gritó a Pedro uno de los gavilleros, que asaltaron una de las chozas de Pueblo Viejo, donde él había pedido posada horas antes. Dos muertos yacían frente a él, a unos metros del catre que le habían prestado para pernoctar, en la casa de la tragedia.

“”Sentí que ya estaba muerto”, narra quien es hoy consejero del XVIII Consejo Distrital de San Ignacio.

“Luego, Pedro, supo que una rencilla familiar había dejado aquellos rastros de sangre esparcidos alrededor del catre donde pasó la víspera.

“Ante los gavilleros, el hombre de 48 años logró deslindarse del conflicto porque “era una visita y no era parte del problema aquél”, y salió ileso de la disputa entre esa “gente brava” , que acá “arriba” abunda.

“A la mañana siguiente el capacitador continuó su tarea.

““Nadie puede entrar sólo a esos lugares, lo que nos salva es que somos gente conocida”, dice Pedro, quien describe que los gavilleros “andan vestidos de pinto, no traen el rostro cubierto, cuentan con el equipo de un soldado y se cuentan por muchos”.

“Para una nueva visita a San Ignacio, el consejero invita a los reporteros (del diario **Noroeste**), a El Chilar (en la sierra), “para que sientan el rigor de los “chingazos” de las gavillas”.

““El Chilar, relata, “es un pueblo grande donde había ganaderos “pesados”, con 3,400 reses. Toda la gente se salió, hace no mucho. El problema fue por una muchacha, los gavilleros quisieron ultrajar a la hija de un ganadero que ahora vive en San Ignacio. Hubo como siete muertos en la bronca esa.

“En este marco se realizan las elecciones en muchos pueblos serranos, donde el odio está a flor de piel, donde hay rencillas viejas, que “de pronto renacen”, apunta el consejero.

--¿Y vale la pena que un capacitador exponga la vida por esto?  
 --“Pus no es que valga la pena, sino que hay que cumplir con el trabajo. Son los gajes del oficio—responde Pedro Martínez, quien insiste en la invitación de ir “más pa arriba, a El Chilar, pero con una advertencia: “Yo les garantizo “subir”, pero no les garantizo bajar””.<sup>21</sup>

Por otra parte, en una reciente monografía coeditada por la revista estatal **Presagio** y por el propio Gobierno del Estado en 1999, se ha establecido que “la marginación que se vive obliga a sus habitantes a emigrar en la búsqueda de oportunidades de empleo, circunstancia que lesiona aún más las condiciones de bienestar de las familias” (José María Figueroa y Gilberto López Alanís, **San Ignacio. Encuentros con la historia**, 1999, p. 207). Los períodos de cultivo de enervantes marcan en buena medida la estancia de los campesinos y los trabajadores agrícolas en la región, que en su inmensa mayoría son jóvenes subempleados y sin estudios. Además de ello, se sabe que cuando las campañas policíacas y militares de destrucción de plantíos se ordenan e intensifican, la emigración de la población campirana también se hace más profusa.

Sin embargo, luego de las campañas represivas, que en muchos sentidos resultan cíclicas y que están en relación con los cambios políticos y administrativos en los organismos y las instancias federales que en México combaten la siembra, la producción, el tráfico y el consumo de estupefacientes --Procuraduría General de la República (PGR), Policía Judicial Federal (hoy Agencia Federal de Investigaciones: AFI) y con la coadyuvancia del Ejército--, los trabajadores y campesinos tienden a volver a sus comunidades y rancherías. Estos vuelven tanto por las expectativas económicas que se intuyen y se vislumbran nuevamente, como por razones familiares, o por la costumbre y la “querencia” a una tierra que les vio nacer, e inclusive hasta por las añoranzas del desafío sociocultural que implica una retadora, riesgosa, transgresiva y específica labranza; de ésta que por lo menos --para un

---

<sup>21</sup> José Alfredo Beltrán, diario **Noroeste**, Mazatlán, 6-X-2001.

pueblo con hambre-- le ofrece a los campesinos posibilidades y esperanzas concretas de ingresos económicos, que les reditúa un poco más que el empleo y el subempleo en las actividades ganaderas o forestales, y algo más también que las agobiantes y rudimentarias siembras y cosechas de los productos alimenticios tradicionales como el maíz y el frijol.

En este sentido, el perfil económico de la demarcación municipal está determinado por la actividad pecuaria, agrícola y minera. De tal manera que de las 465 mil 97 hectáreas de extensión territorial, el 5.4 por ciento de la superficie se destina a la producción agrícola, el 53.9 por ciento a la producción pecuaria y el 38.3 por ciento a la forestal. Y “el resto es para otros usos”, se indica explícitamente en un estudio monográfico editado por la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS), basado en información, datos y estadísticas oficiales.<sup>22</sup>

En la cabecera municipal de San Ignacio, del mismo nombre, que tiene un poco más de tres mil habitantes, se distinguen dos sectores sociales. La diferencia tiene que ver en cierto sentido con el origen y con sus historias existenciales. Un sector, que tiene su propio barrio o su propia demarcación espacial dentro del poblado, está integrado por los habitantes que nacieron y que han vivido durante varias generaciones en la población, inclusive desde la época de la colonia. El otro sector está compuesto por familias e individuos de clara estirpe “sierreña”, que llegaron a San Ignacio durante los últimos 30 años desde los altos de la sierra, tanto de la parte de Sinaloa como de los cercanos estados de Durango y Chihuahua. Esta inmigración está relacionada con la violencia generada por el narcotráfico y su enfrentamiento, particularmente con la instrumentación de la Operación Cóndor que el Estado diseñó para el combate a las drogas a mediados de los años setenta.

---

<sup>22</sup> José Santos Madariaga (1996), **Perfil socioeconómico del estado de Sinaloa y sus 18 municipios**, Ed. UAS, Culiacán, Sinaloa.

En un estudio igualmente muy reciente, se indica: “Situados en medio de dos fuegos, no les dejaron (a los nativos de las alturas de la sierra) otra alternativa que abandonar sus tierras y sus muertos” <sup>23</sup> para irse a residir a un poblado un tanto menos conflictivo, o para dedicarse a otros menesteres laborales, un tanto más distantes del constante agobio de la violencia en la que vivían sumergidos en sus antiguas comunidades y rancherías, donde la ley se definía por el fuego de las armas. Y muchos otros llegaron a San Ignacio sólo de paso, para trasladarse posteriormente a otras localidades de Sinaloa, del norte de México o de plano para irse hacia los Estados Unidos. Por lo pronto, los llamados “sierreños” que habitan por su lado en un sector geográfico específico de la cabecera municipal denominado como “Los Lotes”, también son vistos con recelo y desconfianza y han sido estigmatizados por los “saignascences” de oriundez histórica.

El investigador de la Facultad de Ciencias Sociales de la UAS, Arturo Lizárraga, señala que, a juicio de estos últimos, a los “sierreños” resulta extremadamente complicado no confundirlos con quienes se dedican a la producción de drogas ilegales, debido a que tienen similares formas de vestir, de costumbres, de gustos, de patrones de comportamiento y de hábitos. Así, “es difícil distinguir quiénes son emigrantes y quiénes son **narcos**” sembradores, “narquillos”, “burreros” y sicarios, apunta una voz de la parte tradicional de San Ignacio. Esa expresión estigmatizadora, dice, “en todo caso y sin descartar que haya secuelas de narcotráfico, es reflejo de la división social que existe en el poblado”. Según otro vecino, en el área de “Los Lotes” se puede adquirir drogas, la prostitución es frecuente y sus residentes se diferencian de los “auténticos saignascences” hasta por sus rasgos físicos, pues los “sierreños” son hasta “más prietitos”.<sup>24</sup>

---

<sup>23</sup> Arturo Lizárraga, *Nos llevó la ventolera...El proceso de la emigración rural al extranjero en Sinaloa*, Ed. UAS, Culiacán, Sinaloa, p. 38.

<sup>24</sup> *Ibid*, pp. 38-39.

Por su parte, José Angel Sánchez, quien ahora conduce un programa radiofónico con cobertura estatal, coincide por supuesto con tal apreciación: Los “sierreños” que llegaron y se quedaron en los valles de El Fuerte, de Guasave y de Culiacán, o que reformularon y rehicieron sus actividades en las montañas de Choix, Sinaloa de Leyva, Badiraguato, Mocorito, Cosalá, Concordia o San Ignacio, incluso desde antes de la Operación Cóndor han sido, fundamentalmente, quienes se han dedicado a la siembra de las drogas. El periodista, durante la conversación, llegó a exclamar que los “sierreños” se trajeron a los ámbitos urbanos de las ciudades, sus comportamientos “bárbaros, irascibles y delincuenciales”.

A unos cuatro kilómetros de la población central de San Ignacio se encuentra el poblado de San Juan de los Frayles. Ahí los propios lugareños advierten con orgullo que son, en cuanto a lealtades, incondicionales con los amigos, pero que en contraparte, resultan “implacables” con los enemigos, a quienes, dicen, se enfrentan “como quieran, donde quieran y a la hora que quieran”, emulando al otrora poderoso Manuel Salcido Uzeta. “Es una vergüenza para la familia recibir una afrenta y no responder a ella en cualquier terreno. Nadie se echa para atrás; más aún: si alguno del núcleo familiar cae, los que le sobreviven están obligados moralmente a vengar la sangre”, anota el sociólogo Lizárraga. Y añade: “Es difícil encontrar una familia que no tenga, por lo menos, un tío, un hermano o un primo muerto en hechos violentos. Con tales antecedentes, se explica porqué abundan las narraciones de enfrentamientos a balazos o con arma blanca”, que terminan por producir múltiples muertos entre los grupos o las familias rivales.<sup>25</sup>

Para un fuereño, viajar a San Ignacio, entonces, de algún modo implica una acción aventurada. Los paisajes verdes, los escenarios que ya huelen a coníferas y los cerros montaraces en ambos lados de la carretera se vislumbran como lugares desde donde asedian la incertidumbre y el miedo. El viaje de este observador se

---

<sup>25</sup> Arturo Lizárraga, *Ibid.*, p. 43.

realiza ya caída la tarde, desde Mazatlán, infiltrados con un grupo artístico mazatleco, que habría de ofrecer un recital de música vernácula y poesía en el centro de San Ignacio. A pesar de que el traslado se efectúa en un pequeño camión que ostentaba el logotipo de una institución cultural, a lo largo de la travesía varios retenes de judiciales estatales y federales y destacamentos del ejército mexicano hacen alto y detienen la unidad. Revisan. Preguntan. Cuestionan. Se trata de acciones y vigilancia de rutina, que la población sinaloense ya conoce y a las cuales la sociedad ya se ha acostumbrado, pues forman parte de los escenarios no únicamente rurales, sino urbanos, desde los tiempos de la Operación Cóndor. Sin embargo, muestran la cuasi condición policial y militarizada que se vive no sólo en estos senderos campiranos, donde abundan los asaltos contra transportistas, automovilistas y autobuses rurales de pasajeros, sino que se trata de medidas de excepción en torno a la seguridad, las cuales se instrumentan, no sin excesos, desde hace muchos años en prácticamente todos los caminos, cruceros carreteros y vías de comunicación neurálgicas del estado de Sinaloa. Finalmente, luego de las revisiones que inevitablemente amedrentan, y detrás de una seca amabilidad, no deja de percibirse la advertencia: “Que tengan buen viaje. Eviten viajar de noche”. Y es que, en efecto, durante el ascenso por la angosta carretera, las sombras habían llegado de improviso. Las únicas luces eran las de los fanales del camión. El resto, a los lados, por atrás y en la lejanía, era la oscuridad angustiosa, silenciosa y sospechosa de la soledad de la montaña, en la que se antojaban o adivinaban, invisibles pero tal vez incrustados entre la maleza, sus múltiples ojos acechantes. Los bohemios músicos y la joven cantante del grupo intentaban guardar y ocultar su nerviosismo con anécdotas, cuentos y chistes. La noche fría del invierno era un manto que flotaba y calaba en el ánimo como una diversificada amenaza que, como anotaría un investigador colombiano, posee un solo nombre, con “mil rostros”: la violencia.

En relación con los pueblos de la sierra, que han sido histórica y “tradicionalmente marginados”, el periodista José Angel Sánchez efectúa un análisis



de la situación y puntualiza que los habitantes miran la siembra, la cosecha y la producción en general de las drogas como algo “muy normal”, como un relativo y nuevo “**modus vivendi**” muy natural. Y recuerda que en cierta ocasión, en un pequeño poblado del sur de Sinaloa, a la orilla de un estero y entre los manglares y las marismas, entre los zancudos y bajo el inclemente sol del otoño, tuvo una significativa charla con una joven pareja de pescadores, con “un matrimonio”.

“Ahí a las orillas del manglar todo el año estaban sacando camarón a pesar de la veda oficial para el crustáceo. Les comenté lo de la prohibición. Y me respondieron con mucha entereza:

--“¿Qué quiere que hagamos? Preferimos violar la veda y sacar camarón que irnos a sembrar marihuana. No tenemos otra opción. ¿O sí? ¿Usted qué cree?”

“Tienen razón. En las zonas serranas, en los pueblitos marginados, ¿qué alternativas tienen para subsistir, si no tienen recursos, si no hay programas de gobierno reales y factibles que lleguen y aterricen para ayudar a la población?. Entonces los campesinos pues ven el cultivo de drogas como algo vital para su subsistencia. Lo que no hace el Estado para la población a través de programas institucionales lo hacen los empresarios de las drogas: las ofertas les llegan a los campesinos a sus propias tierras, les dan dinero, les pagan con dólares, les llevan la semilla, insumos, armas y herramientas. Incluso les llevan gente para que se encargue de cortar la hierba, para cosecharla. Y les vuelven a pagar. Una cuestión significativa estriba en que los sembradores, luego de tantos años dedicados a ese ajeteo, difícilmente se acostumbrarían de nuevo a cultivar alimentos. Es que se trata ya de un hábito, de una cultura regida, entre otros aspectos, por la dolarización. Y son cuatro pagos en dos cultivos por año: dólares al principio de la siembra y dólares al final de la cosecha. El problema ha venido creciendo y se ha dejado crecer por el disimulo, el desinterés, o por los mismos intereses sórdidos de los diferentes niveles de gobierno”.<sup>26</sup>

En la sindicatura de San Juan, tierra de “El Cochiloco”, un ex campesino del lugar, que reside ahora en El Rosario, comenta que la producción de drogas empezó a notarse al principio de los años cincuenta.

---

<sup>26</sup> José Angel Sánchez López, entrevista con el autor, Mazatlán, Sin., julio de 2001.

“Llegó un momento en que el principal cultivo, por encima del maíz, del frijol, de la calabaza, era la marihuana. Nadie se ocultaba. Había hasta como una competencia entre los campesinos, para ver quién sembraba más y quién producía más. Recuerdo bien eso: había un gran entusiasmo entre los sembradores. Aunque desde muchos años antes se cultivaba, no fue sino hasta esos años en que se sintió como un auge. Era como haber descubierto algo parecido al oro...”<sup>27</sup>

Por otro lado, entre los matorrales y la tupida vegetación de las afueras de la sindicatura de Coyotitán, Ramsés Lafarga muestra algunos pequeños sembradíos de marihuana, prácticamente a la vista de los caminos campiranos de los arrieros. Y describe la situación de su pueblo: Todo mundo acusa a muchos campesinos de la región, que en efecto se dedican a esta actividad, pero en la siembra “quienes más se benefician son los judiciales y los militares, aparte de los empresarios y políticos que dirigen “el negocio” desde las ciudades”. Las familias campesinas que realizan el trabajo fuerte y rudo al final siguen siendo pobres; sobreviven o tienen ingresos para ir la pasando; durante las cosechas llegan a tener algunos dólares, “pero la verdad es que siguen estando jodidos”, explotados por los grandes “narcos”; están olvidados por el gobierno y perseguidos por un sistema judicial que, “todos sabemos que está lleno de corruptos que dejan hacer los negocios a los poderosos y en cambio castigan a los “pobres diablos”, a los pequeños sembradores y a sus familiares”.

Ramsés Lafarga reside normalmente en Mazatlán, pero posee unas hectáreas de pastizales por los rumbos de Coyoyitán, donde se alimentan unas 20 reses y algunos borregos. Recientemente fue amenazado de muerte por uno de sus primos, debido a que no le permitió que en una parte de su propiedad sembrara marihuana.

“Yo le facilité –dice– un terrenito para que trabajara, pero el cabrón me salió un día con que ya tenía sus matitas de “mota” despuntando... Le dije que se las llevara a otra parte, que me iba a meter en problemas. Y le quité el pedazo de tierra. De ahí han venido los conflictos y las

---

<sup>27</sup> Entrevista con el autor.

amenazas. Aparte de que está medio loco por tanta coca que se ha metido, ha dicho por ahí que me va a “venadear”. Ya hasta mató a uno de mis borregos, como venganza. Y pues las cosas éstas son muy normales por acá, desde hace bastante tiempo”. Luego de señalar que ha presentado denuncias ante las instancias judiciales, pero que en realidad éstas nunca prosperan, “pues siempre te piden evidencias y no funcionan ni siquiera cuando hay muertos, y éstos abundan”, Ramsés dice que en su caso no se trata de aparecer como valiente, sino simplemente de defenderse en un ambiente donde priva la violencia.<sup>28</sup>

Entonces muestra sus armas de caza y un poco en broma hace gestos de hombría, pero presume que nunca ha tenido problemas con nadie más. Así que, dice, no queda más remedio que enfrentar las dificultades que puedan presentarse, dada la inexistencia de una real y auténtica impartición de justicia: “no se vale quedarse cruzado de brazos, porque te madrugan”. De manera que reta, divertido: “Así que ya sabes si quieres quedarte varios días conmigo acá en el rancho para hacer tus entrevistas secretas y de paso nos vamos a cazar”. Y es que uno de los planes era charlar informalmente con un sicario al servicio de grupos de traficantes de la región, quien no tiene empacho, apunta Ramsés Lafarga, de contar sus hazañas bajo los influjos de unas cuantas cervezas “Pacífico”:

“Ese cuate cuenta todo a la menor provocación y con lujo de detalles. Ya se ha echado a muchos, según dice. La muerte, para él y para la gente de estos montes, mi Nery, es muy natural. Y el tipo resulta hasta simpático. Yo ya sé muchas de las andanzas en las que se ha involucrado ese amigo, pero sería bueno que las escucharas de viva voz, directamente de él. Y no tienes porqué preocuparte: a pesar de su fama es humilde, noble y hasta buena gente y si estás conmigo pues no hay ningún problema. Y es que él se fue metiendo e involucrando en esos líos por pura necesidad. En algunas de sus historias tal vez haya exageraciones, pero también en el fondo las cosas son muy reales. Bueno, y no es que la gente de la sierra en general se ande matando, sino que más bien son los sujetos y los grupos dedicados pues a estas cosas de la siembra, aunque algunas veces se llevan entre las patas a muchos inocentes”.<sup>29</sup>

<sup>28</sup> Ramsés Lafarga, entrevista con el autor, enero de 2002.

<sup>29</sup> *Ibid.*

### C) Badiraguato

Tierra de hombres “violentos y bragados” que fueron conquistando la fama en la medida del crecimiento mismo de la producción de drogas, así como en función del relieve que fueron adquiriendo ciertos personajes de la región, con la injerencia decisiva de la comunicación mediática, Badiraguato sin duda que responde con creces a la estigmatización. Los decires populares, las anécdotas y los detalles que cuenta y recicla la población; las leyendas, las historias y los cuentos orales; así como las evocaciones y los pasajes históricos, los acontecimientos y los sucesos narrados por los medios impresos; en la mezcla y la simbiosis han contribuido a mitificar una imagen en torno a la condición transgresiva de este municipio, que ocupa el segundo lugar en extensión territorial en el estado, luego de Sinaloa de Leyva, con el que colinda hacia el norte. Su extensión, mayor que la de todo el estado de Morelos o de Tlaxcala, es de 5,864 kilómetros cuadrados. Y hace frontera, la mayor parte de su vasto y casi inaccesible territorio montañoso, en las frías alturas de la Sierra Madre, con los estados de Durango y Chihuahua: el famoso “Triángulo del Diablo”.

Pero a diferencia de los estados de Morelos y Tlaxcala, que tienen una población de más de un millón de habitantes el primero y alrededor de 800 mil el segundo, la población total del municipio de Badiraguato apenas llega a 40 mil habitantes, lo que de algún modo explica sus altos índices de marginación y al mismo tiempo, con el ingrediente montaraz y serrano del territorio, su condición de zona estratégica para el cultivo de enervantes. Acaso esto influyó de manera central para que en la década de los años cuarenta, durante la Segunda Guerra Mundial, se incrementara de forma espectacular la siembra de amapola para la producción de heroína y morfina, que habrían de requerir las tropas estadounidenses en los frentes de batalla. Aunque no se ha probado hasta la fecha la existencia de un acuerdo o convenio firmado entre los gobiernos de México y los Estados Unidos en relación

con el cultivo de la droga, precisamente por lo delicado del tema, lo cierto es que el auge en la producción a partir de esos años marcaría hasta la fecha al municipio como el centro productor, por antonomasia, y le empezaría a dar fama en Sinaloa, en la República Mexicana y en el extranjero.

El historiador sinaloense Héctor R. Olea, entre otros autores, ha insistido sobre esta cuestión. En el libro **Badiraguato: visión panorámica de su historia**, rememora al respecto que el conflicto bélico mundial, además de la expulsión racista de la población asiática que se verificaba durante esos años desde las ciudades norteamericanas y del norte de México, fueron los factores determinantes

“para que, en 1940, extranjeros llegados de diversas partes del mundo, apoyados por magnates de gran poder económico, en la región se dedicaran al cultivo de plantas narcóticas o estupefacientes”.<sup>30</sup>

Héctor R. Olea fundamenta sus apreciaciones en un testimonio del abogado Raúl Valenzuela Lugo, quien había atendido profesionalmente a cultivadores de las plantas prohibidas, víctimas de abusos y extorsión de parte de ciertas autoridades. Este último anotaría que por datos precisos

“y fidedignos se enseñó el procesamiento del opio a un chino (escapado de la expulsión) que radicaba en Jesús María, el cual se trasladó a Santiago de los Caballeros para transmitir a varias personas la técnica del procesamiento aprendida por él. Muy pronto aparecieron sembradíos de adormidera en todo el municipio...Hay que señalar que la ilícita actividad empezó a ser combatida desde entonces, pero también que los mismos jefes de esa campaña, venidos (en 1940) de la ciudad de México, fomentaron tales actividades fijando un tributo a los campesinos, primero en especie, según la importancia de la comunidad, y en años subsecuentes en efectivo”.<sup>31</sup>

---

<sup>30</sup> Héctor R. Olea (1988), **Badiraguato: visión panorámica de su historia**, Ed. DIFOCUR, Culiacán, Sinaloa, p. 82.

<sup>31</sup> **Ibid**, pp. 82-83.

Olea consigna un dato que revela de cierta forma el poder que estaba adquiriendo el cultivo de estupefacientes en Badiraguato durante aquellos años. En 1941, el jefe de la Policía Judicial del Estado, Alfonso Leyzaola, apodado “La Onza”, temido personaje de la época por su comportamiento sanguinario y por haber perpetrado cuasioficialmente múltiples asesinatos y crímenes (entre otros, la muerte del terrateniente mazatleco Alfonso Tirado, que aspiraba a la gubernatura estatal), acompañado de una fuerte escolta, efectuó una campaña de destrucción de plantíos de amapola en el municipio y de paso se apoderó de varias latas de látex, o goma de opio. En represalia, 12 de los cultivadores afectados esperaron a los judiciales en una cañada, denominada como “Los Alisos”, por los rumbos de Santiago de los Caballeros, y cuando pasaban por el estrecho sendero les dispararon prácticamente a mansalva. Según el relato de Héctor R. Olea, mientras los subalternos huyeron dispersándose entre el monte, el jefe judicial cayó herido del caballo. Pese a la refriega mortal, su ayudante, Francisco Urías, pudo llevarlo ensangrentado a una cabaña cercana. Pero hacia allá lo persiguieron enardecidos los campesinos agraviados, lo sacaron, lo torturaron de forma implacable y terminaron por colgarlo de un árbol, al anochecer de un primero de abril de 1941. Así terminó sus días “La Onza” Leyzaola, ejecutado con sadismo por campesinos productores de enervantes a quienes extorsionó durante años de manera sistemática.

Pocos años después, en el fragor de la guerra mundial, la paulatina incorporación del municipio como un importante productor de amapola, dice Olea, dio origen a “la leyenda negra”, la cual se divulgó por las principales ciudades del mundo; se le ubicó desde aquel tiempo “como un centro productor de látex o jugo vegetal atribuyéndole excelentes cualidades químicas (tanto o mejores que el opio de Pakistán o Turquía) que le dio una triste fama universal”. De suerte que, a pesar de que los sembradores obraban de “buena fe”, pues suponían que el cultivo aún “no

constituía delito”, la fama de Badiraguato “...llegó a tal como productor que en Hong Kong...una calle y un restaurante llevan su nombre”.<sup>32</sup>

A pesar de la fama y del estigma, Badiraguato es actualmente uno de los municipios de mayor marginación no sólo de Sinaloa sino del país, aunque al sur posea una extensa línea fronteriza con la principal economía municipal del estado: Culiacán. Únicamente la cabecera de Badiraguato alcanza una población de alrededor de 3 mil habitantes; sólo 6 poblaciones rebasan los 500 personas; y el resto, unas 446 localidades, muy distanciadas geográficamente entre sí, son pequeñas comunidades de menos de 500 habitantes, entre poblados pequeños y rancherías, muchas de éstas, por lo demás, abandonadas debido a la violencia, pero que aún suelen aparecer en el registro de localidades oficialmente existentes. El índice educativo resulta impresionante: más del 22 por ciento de la población mayor de 15 años es aún analfabeta, y el porcentaje de desempleo es el más alto en la entidad; de acuerdo a datos oficiales, apenas unos 8 mil trabajadores tienen empleo, fundamentalmente en el sector primario de la economía. Así, la agricultura aporta apenas alrededor de un 0.2 por ciento de la cosecha estatal, entre cártamo, frijol, garbanzo y maíz, pese a que su territorio constituye el 10.1 por ciento de la extensión total de Sinaloa. El comercio se refleja en unas 70 tiendas de abarrotes de tipo familiar o casero, más otros 30 negocios que prestan servicios diversos y que emplean, estos últimos, apenas a unas 60 personas, distribuidas en las once sindicaturas de que consta la demarcación municipal a lo largo y ancho de la sierra. Estas son las siguientes: Central, Varejonal, Otatillos, Guaténipa, Tameapa, San Luis Gonzaga, San José del Llano, San Javier, San Nicolás del Sitio, Higuera de Alvarez Borboa y Surutato. Y respecto de la casi nula actividad industrial, en los altos, por los rumbos de esta última población, funciona un aserradero, una fábrica

---

<sup>32</sup> *Ibid*, p. 85.

de cajas alambradas y una pequeña planta procesadora de frutas. En total, la industria apenas daba trabajo, a mediados de los noventa, a unos 70 obreros <sup>33</sup>.

Sin embargo, es en los planos simbólicos y significativos donde la región badiraguatense ha destacado desde hace décadas. Más allá del esplendor y la grandeza de sus montañas, que tienen caprichosas conformaciones orográficas y elevaciones que van abruptamente desde los 80 a más de 2 mil metros de altura; más allá del surgimiento y la constitución paulatina de los mitos y las leyendas impulsadas por la propia población y por la comunicación mediática; y más allá de los misterios y la secrecía que puedan guardar y atesorar sus inexpugnables cumbres, cerros, precipicios, desfiladeros, hondonadas y cañadas, la vasta región que multiplica sus dimensiones con las limítrofes zonas montañosas de Durango y Chihuahua, se ha ganado a pulso --por la acción histórica de sujetos y grupos sociales de la región, así como por la intermediación de diversos mecanismos y canales de comunicación, amén de la participación de diferentes organismos institucionales de tipo oficial--, la fama sobre su conformación transgresiva; esto, bajo el imperio de las formas y normas que fue prohiendo la creciente industria de los enervantes ilegales, que a la postre se tradujo en estigma, y que generó o dio lugar, posteriormente, a su condición de población emblemática, por excelencia, del narcotráfico en el país.

Los nombres de las sindicaturas y comunidades del municipio empezaron a ser cada vez más del dominio público a través de los medios de comunicación, en virtud de los escándalos relacionados con la desviación social y la violencia en toda la región. A los nombres de las sindicaturas enlistadas se fueron agregando poblados y rancherías como Santiago de los Caballeros, Bamopa, La Tuna, Agostaderos, Las Juntas, Revolcadero, Igualamo, Norogachi, San José del Barranco, entre otras localidades otrora ignoradas daban mucho de qué hablar en los medios periodísticos

---

<sup>33</sup> J. Santos Madariaga (1996), *Op. Cit.*, pp. 125-128.



y judiciales. Pedro Avilés Pérez, oriundo de Durango, que habría de fallecer un 15 de septiembre de 1978 en un enfrentamiento con judiciales federales en las inmediaciones de Culiacán, ha sido señalado como uno de los principales traficantes que descollaron en Badiraguato. Elaine Shannon, autora del libro **Desperados**, según comenta Luis Astorga, ubicaría a Pedro Avilés como miembro de una “primera” generación de traficantes de relevancia nacional, aunque se sabe que otras familias y otros personajes de esos rumbos se involucraron y se enriquecieron en el trasiego de la amapola desde muchos años antes. De manera tal que, de acuerdo con la autora del texto **Desperados** (1988), Pedro Avilés llegaría a ser definido como “la figura dominante en el bajo mundo de Sinaloa”. Y Ernesto Fonseca Carrillo, “Don Neto”, nacido en

“Badiraguato en 1931, habría sido su tesorero y Rafael Caro Quintero (La Noria, Badiraguato, 24/X/54) habría comenzado su carrera al lado de Avilés cuando tenía doce o trece años”.<sup>34</sup>

Probablemente, sostiene en entrevista un prestigiado y experimentado escritor y periodista sinaloense, el fondo del conflicto de muerte entre los militares revolucionarios Valente Quintero y Martín Elenes no fue sólo por desavenencias políticas, según da cuenta uno de los corridos más famosos de Sinaloa, sino específicamente por asunto de drogas y tal vez hasta por la delimitación de algunos territorios productivos. “Esto lo he podido comprobar, atando y anudando cabos al paso de los años”, dice el historiador, narrador y periodista Herberto Sinagawa.

Anota Sinagawa que las familias de Diego Redo en El Dorado, muy cerca de Culiacán, y de Benjamín Johnston, de la United Sugar Company, en Los Mochis, con las iniciativas propias de la gente adinerada, previeron con anticipación el potencial de la adormidera, aunque en Sinaloa ya existía un tipo de amapola. Curiosamente, se lee en el diccionario temático de Sinagawa, Johnston falleció “en

---

<sup>34</sup> Astorga, **Mitología del “narcotraficante” en México**, Op. Cit., p. 73.

un viaje de placer” en Hong Kong, otrora legendaria isla paradisíaca del opio en el lejano oriente.

“Tanto Benjamín Johnston como los Redo trajeron y contrataron jardineros chinos, que traían la semilla de la amapola. Y la empezaron a producir en los mismos jardines de las casas de ambas familias. Aunque en aquel entonces se sabía poco sobre la planta, los chinos la cultivaban en la ciudad de forma subrepticia. Luego, durante los años de la persecución china en Sinaloa y Sonora, esos jardineros de los Johnston y los Redo huyeron a los barrancos más lejanos del estado. Y naturalmente que Badiraguato era un atractivo, justamente por sus grandes barrancos y por la distancia y el alejamiento de la capital. No había ni la más remota posibilidad de un camino; eran veredas para bestias de silla y de carga. Por ahí sólo transitaban las recuas que llevaban mercancías y traían productos de la sierra hacia la costa. De tal suerte que Badiraguato se transformó en el sitio ideal, en el escondite ad hoc para los chinos, que se dieron a la tarea de producir en forma más abundante la amapola con fines terapéuticos. El drama de Valente Quintero y Martín Elenes adquiere relevancia en este sentido. Y se trata del mismo duelo que se ha venido escenificando durante casi un siglo entre las gentes que se dedican a ese negocio”.<sup>35</sup>

Tierra de traficantes que elevaron su fama a sitios insospechados y que jamás habían imaginado, Badiraguato, amén de su constancia productiva, se transformó en emblema del narcotráfico precisamente por las gestas de varias familias de la región, protagonistas desde los primeros años del siglo XX, identificados en el frecuente cruce o la significativa combinación y aparición de los apellidos Quintero, Elenes, Abitia, Avilés, Caro, Carrillo, Fonseca, Guzmán. Desde Valente Quintero y Martín Elenes, pasando por Pedro Avilés Pérez, y entre otros, Lamberto Quintero Páez, Héctor Caro Quintero, Rafael Caro Quintero, Ernesto Fonseca Carrillo, Joaquín Guzmán Loera o Amado Carrillo Fuentes --éste último por su estirpe familiar y su profuso árbol genealógico-- han sido nombres que han contribuido a la transmutación mítica de la acción transgresiva, la cual empezaría a gestarse desde

---

<sup>35</sup> Herberto Sinagawa Montoya, entrevista con el autor, Culiacán, Sinaloa, septiembre de 2001.

los primeros años del siglo XX en las despobladas montañas sinaloenses de Badiraguato. Explica Astorga que no tenía porqué resultar sorprendente que

“los agentes sociales señalados como cabezas de dicho negocio fueran, en su mayoría, originarios de la misma región. Lo que llamó la atención fue que las autoridades y los medios de comunicación no lo hubiesen descubierto sino hasta que el gobierno estadounidense lo hizo público y presionó para que fueran aprehendidos y enjuiciados. Los que para muchos eran personajes surgidos por generación espontánea y símbolo del mal por excelencia, para los habitantes de las regiones donde operaban eran viejos conocidos, tanto sujetos temibles y reprochables como empresarios exitosos y hasta filántropos. Aún en la actualidad, la estigmatización pública no los ha privado por completo de los juicios positivos, pues para muchos aquella sólo ha hecho más evidente la hipocresía y corrupción oficiales y de ciertos medios de la sociedad civil, quienes han tolerado y solapado sus actividades durante largo tiempo y ante los ojos de una gran cantidad de gente”.<sup>36</sup>

Reflexiona el escritor Herberto Sinagawa, autor de la novela **El derrumbe del infierno**, cuya temática se refiere también al tráfico de drogas, y quien durante un tiempo colaboró en el gobierno de Leopoldo Sánchez Celis durante los años sesenta:

“Yo he visto la solidaridad de estos señores con sus ranchos y sus pueblos de origen. Conozco casos muy plausibles de traficantes que cuando llegaron a cierto nivel en su negocio, voltearon los ojos hacia la miseria de sus ranchos y de sus pueblos y los dotaron de electricidad, de agua potable, de drenaje, de caminos, de escuelas y de centros de salud. Ahora bien, mucha de la impunidad de los narcos se debe justamente a ese sentido humano. No excluyo a ninguno. Era y es gente extremadamente humana. Entonces, han tejido un escudo humano que los ha protegido, una red como mecanismo de defensa y protección. Esto hizo posible desviar a los soldados y agentes federales cuando los han perseguido; contaban con esa complicidad social. Evidentemente que las obras las han hecho con ese propósito, pero también es cierto que en muchos casos dieron muestra de una genuina y gran solidaridad. Es lo que yo puedo testificar ante quien sea”.<sup>37</sup>

<sup>36</sup> Astorga (1996-B), **El siglo de las drogas**, Op. Cit., p. 132.

<sup>37</sup> Herberto Sinagawa, entrevista con el autor, Culiacán, Sinaloa, septiembre de 2001.

En los altos de los montes badiraguatenses, entre el escudo protector que por sí misma representan las escarpadas montañas, y entre las rancherías y los pequeños poblados prácticamente abandonados que se divisan en la sierra, se alzan, sin embargo, extrañas construcciones palaciegas que contrastan de forma abismal con el entorno natural y social de la región. Se trata de las residencias construidas por los traficantes nativos de la región. En el caso de Rafael Caro Quintero, edificó en el rancho El Pozole una mansión que incluía zoológico y una iglesia, que podrían ser “orgullo de cualquier colonia residencial de una ciudad”, dice Sinagawa. O bien la impresionante residencia de “El Chapo” Guzmán, en el rancho “Las Tunas”, en donde no hay más que unas 12 casas, ubicada en lo más alto de la sierra, en los lindes con Chihuahua.

La zona de la sierra, llena de pinos y una tupida vegetación que forman un manto que en parte oculta el trajín de los campesinos de la transgresión, está también conformada por barrancos, cañadas, grietas y extensiones de tierra que permiten el cultivo importante de la amapola. Las cañadas son profundas, abismales e impenetrables. Segismundo Quintero comenta:

“Si la mula en la que viajas o si tú mismo das un pasito en falso, caes a precipicios de 200, 300 o 400 metros de profundidad. Pero bueno, en esas alturas se han logrado constituir grandes “rosas”, en donde se ocupan entre 6 y 10 trabajadores, por cada rosa, para el cultivo de amapola, lugares a los que se ha llevado tecnología muy moderna. Y que quede claro: las regiones chingonas para la producción, y esto lo saben quienes deben saberlo, son las de Badiraguato, la zona del río Evora, de Santa Fe, Las Delicias, Los Angeles, por los rumbos del “Triángulo del Diablo”, bajo el regazo de la generosa Sierra Madre, justamente entre las cañadas, donde nacen los ríos. Son los municipios, también, de Mocorito, Sinaloa de Leyva, Choix y hasta Culiacán. En esta amplia región está lo fuerte de la amapola mexicana”.<sup>38</sup>

---

<sup>38</sup> Ibid.

En la mayoría de los casos de los traficantes que han sido motivo de escándalos locales, nacionales e internacionales, los que han terminado por dar la cara en el ámbito del tráfico de estupefacientes, salvo algunas excepciones, como por ejemplo el del llamado “clan” familiar de los Arellano Félix, o el de Miguel Angel Félix Gallardo, son sujetos nacidos en rancherías y pequeños poblados donde el común denominador es la extrema pobreza, “una miseria atroz que lastima a la razón”. De manera que en función de ello

“uno se explica la audacia y el reto de esos muchachos para ponerse al frente de un negocio tan peligroso. Se trata de una situación histórica, de una miseria que se viene arrastrando generación tras generación. Si uno ve la pobreza espantosa de los ranchos de Badiraguato se empieza uno a explicar, en parte, el porqué esos hombres han sido protagonistas de esta historia. No han tenido disyuntiva. Si hablamos con sentido de la realidad, en forma honesta, yo no le encuentro otra salida a esa pobre gente que el narcotráfico”.<sup>39</sup>

Un aspecto importante en el delineamiento del perfil del narcotráfico en el estado estriba precisamente en la pertenencia social de algunos “jefes” o líderes de los grupos transgresivos. Ligados íntimamente a su tierra, social, económica y culturalmente, de diversas maneras aprovecharon sus conocimientos del espacio y del territorio rural, así como de las costumbres, las tendencias, los hábitos laborales, y las prácticas sociales de sus antecesores y de la población en general de la región. Acicateados además por las condiciones socioeconómicas depauperadas, habrían de asumir los riesgos de una agricultura de la desviación, que en todo caso les permitiría, primero, obtener recursos para sobrevivir, y luego la posibilidad de ir forjando mayores beneficios, hasta llegar al tejido de redes, nexos o conexiones que les generarían mayores o más amplios cotos y territorios de poder, con las necesarias consecuencias de una parafernalia sociocultural que incluye el ejercicio de la

---

<sup>39</sup> **Ibidem.**

violencia, el crimen, la corrupción y el enfrentamiento con las fuerzas del Estado. En este sentido, Astorga sostiene por su parte que

“El origen badiraguateño de algunos hace pensar que fueron herederos de un saber-hacer que les permitió diversificar la oferta de mercancías, aprovechando sus redes organizativas. Esto es válido también para los originarios de las regiones serranas de otros municipios. Y en el caso de aquél otro nacido en las proximidades de Culiacán, su trayectoria parece estar más relacionada con su paso por la policía judicial estatal y sus amistades políticas, que le permitieron tener una visión privilegiada acerca de la actividad ilícita, sus principales agentes y las múltiples conexiones existentes y posibles entre esa actividad y otros campos”.<sup>40</sup>

---

<sup>40</sup> Astorga (1996-A), **Mitología del...**, Op. Cit., p. 72.

## **D) De normas, códigos y estilos en la transgresión.**

En esta larga marcha simbiótica de poder y narcotráfico, grupos de bandas organizadas han fortalecido sus intereses y ampliado sus áreas de penetración. A pesar de las pretendidas campañas en su contra, varios líderes facciosos se constituyeron en expresión de su hábitat sociocultural, en afiches de su propio campo social transgresivo y clandestino, configurando en muchas ocasiones, la imagen venerada de los “antihéroes”, que han llegado a proporcionar mayores beneficios a sus pueblos de origen que las mismas instituciones del Estado, en parte como mecanismos precisamente para su mismo respaldo y protección social.

Uno de esos principales y favoritos “héroes”, Rafael Caro Quintero, famoso en los medios por sus acciones retadoras y polémicas (se le acusó del secuestro de su novia, Sara, una sobrina del exgobernador de Jalisco, Guillermo Cossío Vidaurri, y en un alarde de ostentación ofreció hasta pagar la deuda externa de México con sus multimillonarias ganancias), finalmente luego de que fue detenido en Costa Rica, acompañado de Sara, expresaba en términos afectivos la justificación y la percepción personal, la representación social de su mundo transgresivo, de sí mismo y de los grupos delictivos ligados a la industria. Los campesinos

“son pura gente noble, como lo soy yo y mis compañeros y el señor Ernesto (Fonseca Carrillo) y como toda su gente. Somos pura gente que ayudamos a México, o sea que hacemos escuelas, que ponemos clínicas, que metemos luz a los ranchos, agua potable. Lo que no hace el gobierno lo hacemos nosotros. No lo hacemos con ningún fin de obtener algo por eso, ni porque nos tome en cuenta todo el mundo. Nada más porque nos sentimos bien nosotros mismos”.<sup>41</sup>

Prolijos fueron los medios de comunicación con Caro Quintero a nivel nacional, tanto con su personalidad como con los hechos delictivos en que estaba

---

<sup>41</sup> Citado por Carlos Monsiváis (1992), **Fuera de la ley**, Ed. Cal y Arena, México, p. XX.

involucrado. El asesinato del agente de la DEA, Enrique Camarena, y el escándalo del rancho “El búfalo”, en Chihuahua, donde Rafael Caro Quintero fungía como capataz de más de 7 mil jornaleros que laboraban como esclavos en el cultivo y empaquetamiento de marihuana, vigilados además por elementos militares, fueron algunos acontecimientos que contribuyeron a su creciente mitificación. El periodista Julio Scherer rememora al individuo de aquellos años, cuando el joven traficante se vanagloriaba diciendo que se comía “la lumbré a puños”, purgando ahora una condena por múltiples delitos. Entoces se supo

“de la vanidad de Caro Quintero. Millonario, apuesto, personaje inédito que rozó la leyenda, fue tema de corridos...daba entrevistas y se gozaba con sus fotografías en los periódicos. Su sonrisa, anchos y fuertes los dientes, se correspondía con la de un actor”.<sup>42</sup>

César López Cuadras, director de la revista literaria **Luvina**, de la Universidad de Guadalajara, es un economista que escribió varios libros en la vertiente de esta disciplina, a la que finalmente abandonó para dedicarse a la literatura, faceta en la que ha publicado algunas novelas en las que invariablemente aparece el tema del narcotráfico y la violencia. Advierte: “Si escribes narrativa sobre una temática sinaloense, por necesidad deberá hablarse sobre drogas y violencia para que la obra posea sustento y credibilidad”. López Cuadras nació en la parte más alta de Badiraguato: el poblado de Surutato, trabajó durante más de diez años en la investigación y la academia en Mazatlán y ahora reside en Jalisco. En varias conversaciones, sostenidas en Guadalajara y luego en su tierra natal, manifiesta, convencido, que el tráfico de drogas ilícitas ha tenido un “efecto disolvente y corrosivo” y que ha invadido y penetrado todos los tejidos de la sociedad.

“Ahora ya no podemos hablar de que en Sinaloa hay una cultura del narcotráfico. Yo creo, más bien, que Sinaloa es la cultura del narcotráfico. Esta industria, y las percepciones sociales y concepciones

---

<sup>42</sup> Julio Scherer García (2001), **Máxima seguridad**, Ed. Grijalbo, pp. 179-180.



del mundo que se derivan de la actividad, han penetrado todas las capas sociales, como realidad económica, como aspiración e ideal social, como comportamiento. El narcotráfico es un fenómeno central de la vida social, cultural, política y económica de Sinaloa. Sin los recursos que genera y riega se cae la economía regional y se cae también la economía nacional”.<sup>43</sup>

El escritor, que en sus novelas describe ambientes sórdidos, cruzados por una violencia “realista”, señala precisamente que la vida en Badiraguato, de la que nunca se ha desligado en términos afectivos y familiares, sin el cultivo y el tráfico de enervantes “es impensable” económica y socialmente. El autor de la novela **Cástulo Bojórquez**, sostiene:

“La población no únicamente ha asimilado e interiorizado el fenómeno, sino además se ha transformado ella misma; se ha transformado en su concepción del mundo y del papel que debe desempeñar el gobierno, las instituciones, la familia. Existe, en el fondo de la vida social, una subversión de los valores, o éstos han sido corroídos. En el discurso público, del Estado, de las instituciones o de los particulares, la industria ilegal podrá ser rechazada, pero en la vida común, en la vida cotidiana, literalmente es pan de todos los días.”<sup>44</sup>

Una de las charlas posteriores con el académico y escritor se verifica en un rancho a las afueras de la ciudad de Guamúchil, a unas dos horas de la capital del estado, bajo la fría fronda de un sabino. Está presente el sociólogo Arturo Lizárraga Hernández, investigador de la UAS, interesado también en los asuntos de la violencia. Luego habría de incorporarse al grupo un joven sembrador de marihuana que en un principio no había reparado en la grabadora. Mientras éste confirmaba apreciaciones sobre la constancia de la actividad en el cultivo y tráfico de estupefacientes, precios, sembradores, tierras, controles, riesgos, delimitaciones territoriales, pequeñas avionetas de dos motores empezaban a tomar altura justo arriba de donde nos encontrábamos. Tomando un accidentado camino de terracería,

---

<sup>43</sup> César López Cuadras, entrevista con el autor, Guadalajara, Jalisco, junio de 2001.

<sup>44</sup> **Ibid.**

como a unos diez minutos del rancho, hacia adentro del monte --el joven sembrador explicaba-- hay una pista de aviación vigilada por un batallón del ejército: “Lo que llevan esas avionetas es marihuana”. Todo bajo control. Los pequeños bimotores surcaban el cielo, en un ir y venir diurno y nocturno, en los primeros días de enero del 2002. César López Cuadras sonreía como confirmando el hallazgo de los vuelos, al tiempo que contaba una anécdota: “A este cabrón, hace tiempo, lo descubrí con matitas de yerba aquí en el rancho. Lo corrí con todo y macetas. Nomás eso faltaba: que me acusaran de “narcoescritor””. Y entonces retoma el hilo de la conversación:

“En Sinaloa ya no se trata, el problema, de que el tráfico de drogas sea una acción o una actividad que está fuera de la legalidad. El problema consiste en que todo el cuerpo social ha sido afectado y penetrado. De tal suerte que el crimen no es algo que esté fuera o desligado de la “normalidad” de la sociedad o que la agreda; la cuestión está en que es el propio crimen --así, en términos genéricos-- el que ha logrado establecer normas y reglas **ad hoc** dentro de la normatividad factual de la sociedad. Y la población se ha venido formando con otra idea del mundo, con otra noción del crimen, con otra idea (extraña y retorcida) de lo que es la sociedad”.<sup>45</sup>

El narrador sinaloense, que obtuvo un premio latinoamericano con su primera obra literaria, **La novela inconclusa de Bernardino Casablanca**, guarda silencio durante unos segundos. El joven “narco”, acaso sin comprender plenamente, asiente cada una de las reflexiones del escritor. Y éste prosigue:

“Y más clara y evidente se vive esta situación en Badiraguato. La sordidez es consustancial al ambiente y al hábitat social. Como que estás en un mundo aparte, en otro tipo de sociedad. Ahí el asesinato y el crimen en general son una presencia. El ambiente se siente, se percibe y agobia. Y no se trata de una percepción subjetiva. Cierto, está en el aire, en las miradas de los hombres, en la actitud de las mujeres, pero ello se traduce en hábitos, costumbres, prácticas sociales y laborales. Surutato es un poblado de 2 mil habitantes. Es más bien una aldea. Pero es impresionante el número de automóviles, de camionetas

---

<sup>45</sup> César López Cuadras, entrevista con el autor, Guamúchil, Sinaloa, enero de 2002.

y carros nuevos que circulan. Bueno, hasta hay una agencia de autos. Ahí, por ejemplo, se sabe quién asesinó a quién, quién siembra aquí, quién cultiva allá, y no hay una intervención clara de las autoridades. Y bueno, hay una partida del ejército para rondar en los alrededores, pero pareciera que están de lujo. Claro, de repente atrapan a ciertos individuos, tumban algunos plantíos, pero casi siempre hay esa paz sorda, en la que el comandante y los militares en turno conviven alegremente con los lugareños, entre la cerveza “Pacífico” y la carne asada. Esa es nuestra “normalidad”, aunque en este caso de Badiraguato está adereza por la ostentación, representada por ejemplo por el arma: ésta se porta, se exhibe, se usa y mata. Y no hay mayores problemas”.<sup>46</sup>

En relación con los códigos de honor internos entre los grupos de traficantes, Zulema Hernández, quien fuera amante de Joaquín Guzmán Loera, “El Chapo”, también fue entrevistada por Julio Scherer. Ella describe precisamente los estilos predominantes entre ciertos grupos delictivos. Dice:

--Son señores de honor, son señores de ley, son señores de sangre, son señores de palabra. Con esa gente no te vas a encontrar una traición. El que traiciona se muere. El poder lo tienen todos juntos, ellos saben que su poder, su gran poder, radica en la unidad. Date cuenta de un factor que une a la mayoría: fueron pobres, proceden de ciertos lugares de la República, nacidos allí, la mayoría con el mismo conecte, con las mismas relaciones. Este es un mundo de gente, un mundo. No se trata del “Chapo” solamente. Se trata de mucha gente que está detrás. Son una familia.

Entre ellos se casan, entre ellos tienen compadrazgos, los lazos se hacen comunes, se van tejiendo. Si un cabrón puede tener tanto poder, pues imagínate veinte, treinta o cuarenta. Imagínate mil.

No habrá lugar donde tú vayas que te puedas esconder, no habrá piedra que te pueda esconder. No hay, no hay. Ellos saben esperar, tener paciencia. El buen cazador sabe esperar. Tener paciencia. Pueden pasar un año, dos años, cinco seis, pero tarde o temprano el tiempo llega. Si tú ya les recibiste dinero, si tú ya estuviste en un contubernio y después los delatas, existe la traición y el traidor no merece vivir.<sup>47</sup>

---

<sup>46</sup> **Ibid.**

<sup>47</sup> Julio Scherer (2001), **Op. Cit.**, p. 31.

Sin embargo, los códigos de honor de los grupos delictivos, según Segismundo Quintero, han cambiado de manera radical a partir de los años noventa. Acaso por la proliferación de los grupos, y con el incremento del tráfico, del mercado y del consumo de drogas en el país, los controles piramidales de los años setenta y ochenta se fueron acabando. Sinaloa, y México, dejaron de ser desde hace varios años, ámbitos de producción y tránsito de drogas, para transformarse igualmente en consumidor, lo cual transformó de manera radical a los mismos grupos delictivos. Lo que antes eran acuerdos devino en una guerra de exterminio entre los llamados “cárteles” de Sinaloa, de Tijuana, de Juárez y del Golfo, dirigidos por el “Chapo” Guzmán, los Arellano Félix, los Carrillo Fuentes y los herederos de García Abrego, respectivamente. Y esto ha marcado un giro en las prácticas y en las relaciones internas de los grupos transgresores. La expansión y el caos en la producción, la distribución y el consumo provocarían violencia amplia, dispersa, generalizada. La desmesura de los ajusticiamientos refleja el desorden y, opina Segismundo Quintero, “la pérdida de valores” entre los protagonistas de la industria. Esta “ausencia de respeto y moral” ha impactado y lastimado también la vida interna de las comunidades productoras. Y muchas de las muertes achacadas al tráfico de drogas se dan, en realidad, en los ámbitos que tienen que ver con el mercado, dada la fuerte competencia entre los llamados “puchadores” o vendedores en pequeño, lo que la prensa ha calificado como **“la guerra del gramo”**.

---

“Ahorita el respeto y los valores humanos se están perdiendo, sobre todo por la presencia y proliferación de los “regazones”, que son traficantes “libres” y estúpidos por sus actos irresponsables. De ahí viene la excesiva violencia. Porque los campesinos productores saben que a ellos no les convienen los escándalos. Poco pueden hacer para evitarlos, porque se dan fuera de sus ámbitos de control. El traficante “regazón” es capaz de cometer crímenes sin sentido. Puede atacar contra funcionarios, contra presidentes municipales, contra gobernadores, o contra los miembros de toda una familia, incluidos el perro y el perico, sin pensar en las consecuencias. Los traficantes inteligentes saben que eso no es conveniente y que valen más la

negociación y los acuerdos con el gobierno y con las otras bandas para sacar adelante el trabajo. Pero ya es muy difícil este escenario”.<sup>48</sup>

La fraternidad en las rancherías y comunidades, en realidad está basada en los acuerdos que logran establecer los miembros de las distintas familias para la realización exitosa del trabajo agrícola, desde la etapa de preparación de las “rosas” (tierras de alta productividad de la amapola), el cuidado y la protección de las plantas hasta su venta o entrega final a los líderes de la comunidad o directamente a los representantes de los llamados “inversionistas” foráneos. Generalmente las cosechas están vendidas de antemano, aunque ocurren también las siembras “libres”, de campesinos que se arriesgan a cultivar la adormidera sin tener la seguridad o la certeza de que el producto le redituará beneficios monetarios tangibles y concretos. Los riesgos de que las plantas de los sembradores libres sean destruidas durante las incursiones del ejército, o de que la cosecha sea interceptada en los caminos y las carreteras por las fuerzas federales, son muy altas. Por tales razones, entre otras, las familias campesinas prefieren organizarse previamente, en el interior de sus comunidades, durante la fase inicial de la producción.

“A un pariente mío --recuerda Segismundo Quintero-- le mataron a un hijo. Como respuesta fue, con su gente, sobre los criminales y les metieron un chingo de balazos. Luego, porque sabía que en la represalia iban a exterminar a toda su familia, huyó con todos a Estados Unidos. Y pues esto es lo más grave: que los antiguos valores, como el respeto a la familia, a los niños, las mujeres y los ancianos ya no se cumple, pues se genera un círculo vicioso de venganza y muerte. Antes, en los sesenta, los setenta y los ochenta, a pesar de las diferencias que pudiesen existir entre las familias productoras, llegaban a acuerdos entre ellos para cuidarse y protegerse, debido a las presiones, riesgos y peligros que representaba el exterior (policías, militares, gobierno y traficantes de otras bandas). Ahora los esquemas han cambiado. Y no tengo idea de hasta dónde va a llegar esta chingadera de toma y daca”.<sup>49</sup>

---

<sup>48</sup> Segismundo Quintero, entrevista con el autor.

<sup>49</sup> *Ibid.*

Sin embargo, pese a los nuevos aspectos de la desviación, los mecanismos de protección aún funcionan en los poblados y las rancherías sinaloenses. Explica Segismundo que los cultivos de las “rosas”, en general, están ya previamente conveniados entre ellos:

--Saben con quiénes pueden contar, con quiénes no, cuáles son los tiempos de siembra y cosecha, los precios y hasta dónde puedes avanzar o abarcar en la producción. Cuando rompes estas reglas surgen los enfrentamientos fuertísimos, además de que un factor importante es el tipo de acuerdo que se haya establecido, de facto y empíricamente, con los representantes de las autoridades y del gobierno.

--Cuando hablas del gobierno a quién te refieres.

--Pues al gobierno-gobierno.

--¿PGR, militares?

--En principio al Gobierno del Estado. Pues éste sabe quiénes siembran y quiénes no. Al margen de las competencias y de las funciones de la Federación y los estados, los militares realizan sus recorridos en tiempos de bonanza. Pero ya hay acuerdos previos. Todo mundo sabe el derrotero de la producción: lo saben en la comunidad, lo saben en los pueblos cercanos y saben quiénes trabajan. El ejército sube a quemar y cortar algunas “rosas”, las de los sembradores independientes y libres, pero no queman ni destruyen todos los plantíos.<sup>50</sup>

En realidad, en muchos sentidos, las imbricaciones de la economía ilegal con la sociedad en general ya tienen una larga historia. Y en ese entramado de contradicciones, enfrentamiento y acomodo social, reconoce Thompson,

“la prevalencia de las actitudes escépticas y cínicas, y el rechazo de los valores y las creencias propagados por los principales organismos de socialización, no representan necesariamente un desafío al orden social”. Con frecuencia, puede observarse en distintos ámbitos sociales que comportamientos que expresan “escepticismo” y “hostilidad”, en la vida real hasta se mezclan, se funden y se “amalgaman con los valores tradicionales y conservadores, y a menudo se moderan por un sentido de resignación. Las divisiones se ramifican a lo largo de las líneas del género, el grupo étnico, la capacidad, y así sucesivamente, para formar barreras que obstruyen el desarrollo de movimientos que pudieran amenazar el status quo...”<sup>51</sup>

---

<sup>50</sup> **Ibidem.**

<sup>51</sup> Thompson (2002), **Op. Cit.**, p. 135.

Al paso de los años, los diferentes oligopolios multinacionales de la droga han generado y segregado un modo simbólico de percepción ideológica y cultural que ha contribuido para plasmar los artificios morales y éticos de su autolegitimación. Aparte del fortalecimiento y la cohesión interna de las redes delictivas, han requerido de un lenguaje particular, de códigos y claves de comunicación, así como de normativizaciones factuales que los alzan frente a la sociedad como aparentes sectas y mafias de comportamientos impenetrables frente al exterior y frente a los organismos de justicia del mundo. Se crían o se gestan las simientes del mito. En otros términos, se sueltan los rumores y los elementos mitificantes para consumo masivo a través de los medios. En esta idea, Castells resalta el criterio de que desde Rusia a Colombia, desde Estados Unidos a Europa, o desde México al Cercano o Lejano Oriente, los observadores hablan de la “fascinación” de la juventud, y de la población en general, “por los mafiosos”. Así,

“en un mundo de exclusión, y en plena crisis de legitimidad política, los límites entre la protesta, los modelos de gratificación inmediata, la aventura y el crimen se vuelven cada vez más borrosos”.<sup>52</sup>

Los mecanismos impuestos o aprendidos por las necesidades de la sobrevivencia y la reproducción como grupos de poder, enfrentados entre sí y contra la legalidad del sistema, obligó a los grupos del crimen organizado a construir un soterrado e insólito esquema de valores y pautas de comportamiento ad hoc. Se trata de una representación ideológica, formalizada y sistematizada, de la desviación. En otros términos, se sintieron exigidos por la dinámica sorda, clandestina, ilegal, corrosiva y perturbadora de sus actividades –y en el entorno de sus creencias, fabulaciones, mitos, justificaciones, costumbres y hábitos--, a delinear sobre la marcha un transgresivo sistema ideológico particular, sui géneris, que ha conformado su propia escala de valores, normas y reglas no escritas. Y teniendo el propósito racional, por lo menos en cuanto al ámbito inmediato de los fines, de

---

<sup>52</sup> Castells (2000), *Op. Cit.*, p. 232.

obtener los máximos rendimientos y de hacer perdurable lo que suele identificarse – entre el suspenso, el misterio y la mitificación--, como la historia secreta del narco o como la oscura y larga noche sinaloense.

Este doble derrotero del narcotráfico –en los intersticios de la economía y la ideología--, que ha transgredido reglas y normas institucionales y sociales, ha implantado ya su huella, su impronta, su testimonio. En las expresiones culturales contemporáneas se han configurado “micropoderes” afirma la investigadora Rossana Reguillo. Hay señales e indicios de que también desde hace tiempo,

“tras las prácticas cotidianas y poco estridentes están configurándose pequeños micropoderes que se enfrentan en forma “chapucera” a la intención normalizadora y excluyente de los poderes institucionalizados”, y se trata de “acciones con que los actores subvierten lo programado y afirman su existencia como autores al imprimir la huella de su propio hacer”: se trataría de lo que “Foucault llamó “rebotes de poder”, los efectos no deseados que erosionan el orden de lo socialmente legítimo”.<sup>53</sup>

Habría que advertir que en el caso del oligopolio de los fármacos ilegales, estamos hablando de una intrincada red de intereses económicos nacionales e internacionales, vinculados en muchos casos a la economía legal, que en conjunto no es precisamente un “micropoder”. Sin embargo, en los espacios regionales y locales, la persistencia y la fuerza de la actividad ha prohijado que, entre la parafernalia de la industria de las drogas prohibidas, sus múltiples grupos se hayan convertido en sujetos que han afectado en estricto sentido el orden social, amén del efecto simultáneo en la cultura a través de la subversión simbólica.

En las subversiones del mundo imaginario, ha argumentado de su lado el investigador Jesús Galindo Cáceres, los actores que se mueven afuera de la ley, se

---

<sup>53</sup> Rossana Reguillo (1999), *Op. Cit.*, p. 113.



mueven en el sentido de “la realización de su deseo imaginario”, que les ha liberado de la “tensión hacia el orden”. En este sentido, los deseos imaginarios probablemente tienen que ver con el desorden, el caos y la destructividad, pero que implican previamente la racionalidad de las ganancias económicas y la constitución simultánea de poder, para precisamente **poder** concretarlas a través de las ilícitas fases del negocio, que se ha solidificado en el llamado mundo de la globalización.

Castells, en el apartado que dedica al crimen organizado en el mundo de la llamada globalización, en su obra sobre **La era de la información**, en relación con el éxito y la ampliación de las redes transgresoras, establece que las peculiaridades de funcionamiento y las ventajas de esas organizaciones para su expansión, comparadas con las empresas legítimas, son la “flexibilidad” y la “versatilidad”. Flexibilidad para negociar con grupos múltiples, y versatilidad para transmutar su fachada, su rostro o sus aspectos empresariales, a través del lavado de dinero. El estudioso de la comunicación dice al respecto que “la **interconexión es su forma de operación**, tanto interna, en cada organización criminal (por ejemplo la Mafia siciliana, el cártel de Cali), como en relación con otras organizaciones criminales”.

En el escurridizo, peligroso e intangible mundo de esta ilegalidad, las “redes” productivas y de distribución se han constituido sobre la base, en principio, de grupos familiares y de conocidos muy cercanos, que terminan funcionando

“mediante bandas locales autónomas, a las que suministran bienes y servicios, y de las que reciben dinero en efectivo. Cada organización criminal importante tiene sus propios medios de hacer cumplir los tratos. La violencia despiadada (incluidos la intimidación, la tortura, el secuestro de familiares y el asesinato) es, por supuesto, parte de la rutina, con frecuencia subcontratada a asesinos a sueldo”.<sup>54</sup>

---

<sup>54</sup> Castells (2000), **Op. Cit.**, p. 206.

Por ello se habla cada vez con mayor frecuencia de la compartimentación del crimen, de su necesaria especialización para funcionar con eficacia. Por un lado los cultivadores, por otro los empaquetadores y los especialistas de laboratorio; luego los transportistas; de otro los cuerpos de vigilancia; así como los distribuidores; y por supuesto los equipos técnicos jurídicos y financieros. De modo que, así, hay grupos delictivos dedicados casi exclusivamente al asesinato, quienes son subcontratados para realizar ejecuciones o ajustes de cuentas. Pero lo más importante, sintetiza, es el “aparato de seguridad” interno y especializado del crimen organizado, así como la red de agentes de la ley, jueces y políticos que están en la nómina: “Una vez que entran en el sistema, están cautivos de por vida...”

La poderosa maquinaria empresarial de los narcóticos ha sido una suerte de matriz cultural que ha expandido e impreso su sello sobre múltiples formas significativas de su entorno, en los senderos de las concreciones infraestructurales, en el movimiento de los recursos económicos, en el azuzamiento de los comportamientos agresivos y en las esferas ideológicas del imaginario colectivo de la población. Sin menoscabo de la fantasía popular y de la exageración en que suelen caer los medios de comunicación que le han atribuido, y le atribuyen aún, poderes ya sea inmanentes o bien de caricatura, es indudable que su alcance e impacto ha sido real, retador, socavador, trastocador, intenso, extenso, diversificado y en distintos grados, que llega incluso a procedimientos patológicos y perversos, por los niveles desmesurados de fuerza y sadismo que en ocasiones, y durante los años recientes, han empezado a mostrar los sicarios en la ejecución de los asesinatos, venganzas y vendetas.

Los especialistas colombianos Ciro Krauthausen y Luis Fernando Sarmiento se han referido con esmero a las prácticas del recurso “violencia” en sus estudios sobre los grupos delictivos de la industria de las drogas en su país. Vale la pena retomar sus descripciones. Han explicitado que “la capacidad de ejercer violencia,

en un mercado en el cual no existen aparatos formales de derecho, ni aparatos de violencia “supra-partes” que puedan imponer un orden, es un importante recurso para las empresas narcotraficantes”.

Dada la inestabilidad de los grupos productores, la incertidumbre de la distribución y lo azaroso de los mercados que se encuentran en constante asedio por los organismos judiciales y por las jurisprudencias particulares de distintas naciones, los grupos delictivos se preparan de antemano para enfrentar las condiciones adversas posibles y previsibles. Ante la adversidad, los grupos y las redes protagónicas han acudido cada vez más a los recursos de las asesorías bursátiles, financieras, de inversión, así como a su propia especialización y a la sofisticación de los mecanismos de funcionamiento general de las empresas oligopólicas.

Dicho de otro modo, agregan los autores, los grupos que no toman en cuenta la existencia de una férrea competencia en los planos legales e ilegales, tenderán a ser desmembrados y liquidados. Y, de hecho,

“aquella empresa que no cuente con un aparato de violencia si no superior, al menos comparable al de los demás, se encontrará en una desventaja competitiva considerable al tener que plegarse tanto a los términos impuestos por los competidores, como incurrir en mayores riesgos en lo que al incumplimiento de contratos por parte de otros participantes en el mercado se refiere. Igualmente, el no contar con un aparato de violencia fuerte que pueda respaldar la amenaza de represalias violentas impide la efectiva imposición de sanciones disciplinarias en el interior de la empresa. Por último...la capacidad de ejercer violencia puede, al menos a mediano plazo, contribuir a garantizar el recurso del “no actuar” de la policía y de la justicia”.<sup>55</sup>

Según la percepción de comunicadores y periodistas, las olas de violencia que sacuden y lastiman a las zonas y regiones estratégicas ubicadas en los mapas del

---

<sup>55</sup> Ciro Krauthausen y Luis F. Sarmiento (1993), *Cocaína & Co. Un mercado ilegal por dentro*, Ed. Tercer Mundo, Bogotá, p. 82.

narcotráfico, generalmente son una pantalla para, entre otros objetivos, desviar la atención de las autoridades, mientras se consolidan otras rutas y trayectorias más importantes para el tráfico de enervantes. Aunque ello no cancela la posibilidad de que estén ocurriendo fuertes disputas por el control mayoritario de las zonas productoras, del tráfico y la distribución. En todo caso se trata de cruentas batallas en las que están presentes como protagonistas y actores principales los cuerpos policíacos y del Ejército, infiltrados en prácticamente todos los niveles. Los crímenes de personajes trascendentes como los de un cardenal, un candidato presidencial o un alto dirigente de un partido político, cuyas causales se han vinculado también al mundo de las drogas, y el encarcelamiento de exgobernadores, son señales significativas de que la “guerra” por lo menos ha rozado las altas esferas del gobierno y del Estado.

El poder de la industria de las drogas ha rebasado múltiples expectativas en México. Así como ha inyectado y fortificado con vastos recursos a la economía, también ha propiciado cambios en los roles y comportamientos sociales de quienes se han vinculado al circuito de la industria, directa o indirectamente. Es conocido que numerosas familias enteras de los sectores rurales --incluidos, las más de las veces, vecinos, amigos, compadres y comadres-- han adquirido de pronto otro estatus; y sin abandonar por supuesto los bienes y los intereses rurales y la bendita tierra, por las necesidades mismas que impone la parafernalia de la producción, son empujadas a la adquisición de nuevas propiedades y entonces emigran a los centros urbanos, cargando evidentemente sus hábitos, sus tradiciones y costumbres campestres y culturales.

De acuerdo a la mecánica de las relaciones internas de los miembros de los grupos y a los rituales y los cánones factuales-laborales del “negocio”, quienes acceden a sus estructuras y redes difícilmente pueden abandonarlo. Una vez que se han trasgredido las fronteras de la ley pública, los mecanismos internos de

autoprotección transgresiva tienden a conformarse, a asumirse y respetarse, como normas no escritas, pero fatales, por parte de los miembros de los grupos delictivos. Por las exigencias de sigilo, prudencia y precaución que impone un negocio ilícito y de alto riesgo, la seguridad personal implica también la seguridad de los otros integrantes y la del grupo, por lo que de facto se establece una suerte de solidaridad grupal. Aunque claro, previamente, acceder a la esfera del grupo es un primer momento para el que se ha requerido audacia y valentía. Los secretos de la cofradía, por mor de los pactos latentes, deberán llevarse casi siempre hasta la tumba, lo cual sucede con demasiada frecuencia, prematuramente.

Sin embargo, y por lo pronto, la inserción en los espacios ciudadanos --de los nuevos ricos procedentes del campo que en muchos casos son iletrados o analfabetas funcionales con iniciativa--, les ha permitido compartir o enfrentar nuevas formas de interacción social. Estos individuos, que podrían ser identificados en las partes iniciales aún de la cadena delictiva, no tendrán empacho de regodearse con su nueva situación, asumiendo la vanagloria de ostentar simbólicamente su pertenencia. Y por la carga simbólica de su nuevo estatus, amén de la potencialidad violenta o la agresividad implícita que entraña el sujeto, de suyo estigmatizado, en muchos de los casos será visto por los vecinos distantes y en los círculos grupales más cercanos, con una mixtura de temor y desconfianza, pero también con admiración y respeto.

Dada la capacidad movilizadora, o en virtud del poder económico, el narcotráfico ha empujado transformaciones individuales y colectivas. Mediante el furtivo pero implacable alcance de sus tentáculos ha afectado, con variada extensión, densidad y hondura, dimensiones diferentes de la sociedad. Sin duda, el toque de las drogas ha invadido inevitablemente las esferas económica, social y política. En una fuerte declaración, el propio gobernador de Sinaloa, Juan S. Millán, aseveró que “se quedan cortos” quienes afirman que 62 por ciento de la economía sinaloense está permeada por la industria de las drogas. Y sentenció:

“Yo me preguntaría: ¿quién puede negar?, ¿qué sinaloense medianamente, superficialmente enterado, pudiera decir que en Sinaloa no hay dinero del narcotráfico? ¡Por favor!”<sup>56</sup>

Las declaraciones del gobernador han provocaron airadas protestas de organismos empresariales, quienes de forma reiterada, desde hace años, han exigido se presenten las pruebas correspondientes. Empero, en la mayoría de los casos (lo cual resulta lógico y obvio) éstas se encuentran generalmente diluidas en el enmarañamiento de los subterfugios, los artificios y los recursos jurídicos para hacer invisibles las evidencias.

Por supuesto, la acción del narcotráfico también ha tocado directamente a la cultura. Además de rubros como el turismo, la banca, la pesca, la construcción, el comercio, la agricultura, la ganadería, la industria y la agroindustria, a través del “lavado” la actividad se ha inmiscuído por diversas vías en los espectáculos de entretenimiento y diversión, en la música popular, en el deporte, la educación, la academia --en algunos casos, por supuesto, para su estudio--, y hasta en las bellas artes, espacios y formas que han sido alcanzados, impulsados o rozados en mayor o menor medida, por los muchas veces seductores mecanismos ideológicos y financieros del narconegocio, que puede ser visto como una fácil, rápida y cada vez más socorrida ruta hacia el éxito económico.

En este sentido, los efectos han trascendido a los ámbitos ideológicos. Durante la convivencia centenaria con este mundo de transgresión sociocultural y jurídica, miles de individuos han oteado otros avatares, ilusiones, sueños y destinos. Entre la creencia y el mito de esos otros rumbos, retos y utopías, atractivos aunque riesgosos, para enfrentar tal vez con éxito o de pérdida más aceptablemente en términos monetarios la existencia, por lo menos han mostrado idealmente nuevos

---

<sup>56</sup> Juan S. Millán, declaraciones al diario **La jornada**, México, 13-07-01.

horizontes de realización de expectativas y de vida en las beligerantes redes de este especial mundo de desviación, que mediáticamente y desde la mitad de la década de los ochenta, ha sido bautizado espectacularmente, sobre todo por los medios masivos norteamericanos, como “la guerra de las drogas”.

La posibilidad de tomar un camino aparentemente fácil para por lo menos salir de la pobreza o vivir más holgadamente; y con un poco más de “sacrificios”, audacia, riesgo y valentía acaso amasar fortunas y detentar formas de poder (poder de fuego, poder sobre mujeres, poder sobre vidas, poder económico o poder político), son algunas de las ilusiones presentes y constantes en el imaginario colectivo. Este camino a la bonanza ha llegado a constituirse como una de las más sólidas mitologías en torno a las bondades de la industria. Y sin duda, los beneficios directos, por lo menos en el tiempo inmediato, para miles de individuos y familias que han estado en el entorno del negocio han sido y son absolutamente reales y constituyen de facto una ruptura no sólo con el orden legal establecido, sino con su condición social previa de pobreza y de ingentes y agudas carencias materiales.

“La influencia del crimen global –argumenta Castells–, también alcanza al ámbito cultural. De una parte, la identidad cultural nutre la mayoría de estas redes criminales y aporta los códigos y vínculos que sustentan la confianza y la comunicación dentro de cada red. Esta complicidad no impide la violencia contra los semejantes. Por el contrario, en la mayoría de los casos ésta se da dentro de la red. Pero existe un nivel más alto de comunidad y comprensión en la organización criminal, que se construye sobre la historia, la cultura y la tradición, y que genera su propia ideología legitimadora...”. Sin embargo, “cuanto más global se vuelve el crimen organizado, más destacan sus componentes más importantes de su identidad cultural para no desaparecer en el torbellino del espacio de los flujos. Al hacerlo, conservan sus bases étnicas, culturales y, cuando es posible, territoriales. Esta es su fuerza. Las redes criminales probablemente llevan la delantera a las compañías multinacionales en su capacidad decisiva de combinar la identidad cultural y la empresa global”.<sup>57</sup>

---

<sup>57</sup> Castells (2000), **Op. Cit.**, p. 232.

Conviene esclarecer, sin embargo, que la mayoría de los campesinos sembradores no obtienen necesariamente grandes o significativos beneficios monetarios por su labor de siembra y cosecha. Aunque les alcanza para vivir mejor que si sembraran sólo productos básicos para la alimentación, como maíz, frijol y hortalizas. Dada la estructuración del negocio, el valor agregado de las drogas, por los múltiples riesgos, los sobornos y la transportación, se va acumulando hasta llegar a los extremos postreros relacionados con el consumo. Por ejemplo, en el caso de la cocaína, los precios aproximados que los productores reciben por un kilogramo, en Colombia, es de alrededor de 4,500 dólares; ya en las esferas de la distribución para el consumo al menudeo, los precios alcanzan en las calles de las ciudades de los Estados Unidos montos de entre 110 mil y 150 mil dólares por kilogramo. La situación resulta similar, proporcionalmente, en la producción de heroína y marihuana.

De cualquier manera los problemas económicos para la población sinaloense persisten. La abundancia del narcotráfico no necesariamente se ha traducido en un mejoramiento general de las condiciones de vida de sus habitantes. Según datos recientes del Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI), de un total de alrededor de 1 millón 700 mil habitantes, clasificados como población con posibilidades y potencialidades de ser económica activa --por contar con más de doce años de edad--, sólo unos 740 mil eran en realidad económicamente activos. El resto, entre amas de casa, estudiantes y desempleados --aproximadamente un millón de personas--, permanecen en condición económicamente inactiva, tanto en el campo como en el ámbito de las ciudades de los 18 municipios del estado, en los que por cierto existen más de 4,500 pueblos con una población de menos de 500 habitantes en cada uno de ellos.



**E).- Entre las reglas y los valores de la desviación.**

En la larga marcha simbiótica de poder y narcotráfico en Sinaloa, en esta gesta que tuvo sus primeros balbuceos y estertores en torno a las inmediaciones de los inicios del Siglo XX, paulatinamente grupos de bandas organizadas fueron fortaleciendo sus intereses y ampliando sus áreas de arraigo, fuerza, poder e influencia. A pesar de que algunos años más tarde habría de institucionalizarse en el papel el combate gubernamental contra la producción, el tráfico y el consumo de drogas ilícitas, en realidad, en el fondo, las campañas oficiales del Estado mexicano han sido percibidas con suspicacia, desconfianza y recelo. El tiempo, los resultados, los impactos, la magnitud y la complejidad actual del fenómeno, muestran un amplio mentís --desde la panorámica de su derrotero histórico, económico y contextual, y también desde los detalles de la violencia y las acciones policíacas específicas--, al supuesto y pretendido combate a la industria de los enervantes, con todo y la parafernalia generada en torno a la desviación sociocultural. Como una hiedra florida, el mundo de las drogas, en tanto fenómeno social, histórica y políticamente construido, ha terminado por invadir múltiples escenarios y la mayor parte de los territorios significativos de la vida regional.

En esta historia, en el estado del noroccidente de México, distintos agrupamientos transgresores y decenas de líderes facciosos se constituyeron en expresión de su hábitat sociocultural, en afiches de su propio campo social delictivo y clandestino, configurando y encarnando en muchas ocasiones, la imagen de los “antihéroes”. De éstos que en las serranías y los pueblos apartados, según los propios habitantes y no pocos observadores de la problemática, han llegado a proporcionar mayores beneficios a sus comunidades de origen que las mismas instituciones del Estado, en parte como mecanismos para el propio respaldo de sus actividades y como medida preventiva de protección social. Es decir, ha existido en varios sentidos, una relación muy íntima entre la formación de los representantes

carismáticos con ascendencia, influencia y poder y las reglas que los grupos paulatinamente se han ido dando y delineando para hacer productivo, rentable y eficaz el funcionamiento del “negocio” en sus diferentes fases.

En esta perspectiva, una configuración fundamental de los grupos transgresores ha tenido que ver precisamente con la de los mecanismos organizativos de su defensa y reproducción, frente a las instituciones y organismos del poder hegemónico que les han perseguido, combatido, controlado y extorsionado. En los poblados y comunidades dedicados a la siembra, el cultivo y la producción de drogas ilegales, la cotidianeidad de sus miembros ha estado, y está, supeditada a una suerte de complicidad primaria, que se traduce en norma elemental de sobrevivencia. En la lejanía de las zonas rurales se han tejido históricamente patrones elementales de vinculación, integración, interacción y socialización, que se anudan con nuevas pautas para endurecer las prácticas o los hábitos que terminan por constituir rasgos especiales de pertenencia a los grupos, los clanes o a los estamentos subversivos ilegales.

Aparte del confinamiento geográfico que dificulta el acceso a muchas de esas poblaciones sierreñas, cada habitante puede ser un vigilante, un correo y un defensor que suele advertir sobre ciertos peligros para los demás, que son igualmente riesgos para sí mismos, y para los grupos familiares --incluidos mujeres y niños--, vinculados a la siembra de marihuana o amapola. Un fuereño o un extraño nunca pasan desapercibidos. El silencio, la complicidad y la solidaridad van perfilándose como partes sustantivas de la actividad. Ver y callar se transforman en fórmulas de aprendizaje de esta escuela. En este hábitus, la cultura del secreto y del guiño implícitos fija sus raíces o anuda sus lazos primordiales. Y ya en los posteriores nudos de la cadena de la industria, esta “secrecía” va haciéndose cada vez complicada, en tanto que también se afinan los valores de quienes comparten un

mundo de vida y de acciones y sobre todo entre quienes forman parte vital y sectoria de dirección o liderazgo entre las cofradías.

En las pequeñas poblaciones de la zona serrana de Sinaloa (a lo largo del complejo montañoso de la Sierra Madre), marginadas y distantes de los principales centros urbanos, tanto en el sur como en centro y en el norte, los habitantes, unidos en general por la cercanía espacial, por la vecindad, por los lazos sanguíneos y los vínculos sociales de amistad y compadrazgo, las prácticas sociales y laborales van enfocándose hacia la construcción de estamentos cerrados, a los que luego, difícilmente, otros individuos podrían acceder. Y se van aprendiendo y compartiendo acciones, labores, tendencias, ideas, metas, por elementales que éstas puedan ser. De tal suerte que esos grupos primarios pueden ofrecer la imagen de una gran familia, unida por valores y principios comunes, y más aún cuando se trata de la vida en torno a una actividad señalada por el gobierno y el resto de la sociedad con el estigma de la ilegalidad.

Por lo pronto, y en su caso retomando a Edwin H. Sutherland y al concepto de “asociación diferencial”, el sociólogo Anthony Giddens ha explicado que en una sociedad que manifiesta y contiene varias subculturas, en función de los ambientes sociales específicos, algunos de ellos tienden a **orientar** hacia las acciones ilegales y otros no. Así, los individuos llegan a transmutarse o convertirse en “delincuentes” al asociarse con quienes son “portadores”, o transmisores, de hábitos y costumbres delictivas. En general, dice el autor, el comportamiento delictivo es un producto eminentemente social que “se aprende” desde la relación con los grupos primarios y con los compañeros y amigos. De manera que esta teoría, dice Giddens, contrasta con la idea relativa a que existen “diferencias psicológicas” que tienden a separar

“a los delincuentes del resto de la gente; considera que las acciones delictivas son tan aprendidas como las que respetan la ley y que tienen

como fin las mismas necesidades y valores. Los ladrones intentan ganar dinero igual que la gente que tiene trabajos convencionales, pero eligen una forma ilegal de hacerlo”.<sup>58</sup>

En las faenas de la siembra, el cuidado de la misma y las cosechas, que ocurren una, dos e incluso hasta tres veces por año, dependiendo de las características orográficas, pluviales, la calidad de la tierra y los implementos tecnológicos, los habitantes de las rancherías y pequeños poblados, empero, viven en constante tensión, dada la naturaleza de su actividad. El acecho y el asedio de brigadas policíacas y militares son una permanente amenaza, algo que los pobladores tienen siempre presente. Aunque también confían en que sus líderes, sus “patrones”, los “financieros” o sus representantes internos y externos hayan podido prever y arreglar con anticipación los vínculos con los jefes de las corporaciones oficiales. En este entramado de tensiones y hostilidades institucionales y sociales, en el que están latentes las delaciones, las traiciones y los “agandalles”, para los pobladores, además de los riesgos compartidos, el esfuerzo común, la solidaridad y la “secrecía”, se van solidificando valores como los de la valentía, la lealtad y el honor, los cuales se ponen a prueba en los difíciles trances frente a las fuerzas del orden (policías municipales, estatales, federales, además de los militares), o frente a otros grupos de productores de los poblados vecinos. Al final, y pese a los sacrificios, para la mayoría de las familias campesinas ligadas a la siembra de las drogas, las ganancias sean pingües y sólo para más o menos comer, están trabajando no sólo para ello, sino también por su vida y por su honor. Estos pueblos siguen acusando graves problemas de atraso y marginación, aunque las azoteas de muchas viviendas rudimentarias, cabañas y casuchas de adobe, ostenten antenas parabólicas, como símbolo, paradoja y receptáculo para la unión de dos o más mundos.

Empero, los policías sin jurisdicción federal son, para los campesinos, los más enfadosos en las faldas de la sierra. Aunque no representan un poder policial

---

<sup>58</sup> Giddens (2000), *Op. Cit.*, p. 235.

con fuerza demasiado ostensible, asedian, amenazan, extorsionan, decomisan, evidentemente que, en general, actúan con el conocimiento explícito de jefes, de políticos y de gobernantes locales. Tengan o no facultades. “Esos “polis” no tienen llena, y por eso nos amuinamos. Y entonces luego porqué les pasa lo que les pasa a esos compas”. No en vano ha apuntado la investigadora Rossana Reguillo que, en la representación social del policía, se le ha pensado como una figura que nace, vive, crece, se fortifica y “se alimenta” precisamente del “conflicto”, bajo el marco general de una sociedad pletórica de contradicciones estructurales. Y es que los transgresores (sean “decentes”, de corbata, de botas picudas o de huaraches) para serlo y para crecer en ese “submundo”, requieren, por supuesto, de la presencia subyacente de la ilegalidad de la propia actividad. Sin ésta, sus posibilidades y sus recursos y sus ganancias se mermarían de manera considerable. Entonces resulta lógico que el esquema de una hipotética legalización o despenalización del fenómeno de las drogas prohibidas pues sencillamente no les conviene. Es decir: no les interesa, ni les conviene, ni a políticos, ni a empresarios, ni a comerciantes, ni a poderosos segmentos gubernamentales de múltiples países del mundo.

Respecto de la configuración, en el imaginario colectivo, que se ha creado sobre los guardianes de la ley y sobre los transgresores sociales, la autora aludida establece de manera tajante e ilustrativa que tanto el policía, como el delincuente y el “narco”, participan de una idéntica “mitología” y a menudo

“son la misma persona, como el misterio de la santísima trinidad, tres personas en una. El policía se ha convertido en encarnación de una violencia temible por “legítima””.<sup>59</sup>

En este contexto, múltiples han sido los sujetos que han acusado un liderazgo con ingredientes o rasgos en los que está presente la leyenda y el “mito”. Aunque con diferentes alcances y dimensiones, no en vano han destacado, entre otros,

---

<sup>59</sup> R. Reguillo (2001), *Op. Cit.*, p.85.

personajes y apellidos ilustres. Los Elenes, los Quintero; los Félix, los Gallardo; los Fernández, los Fonseca; los Salcido, los Caro; los Carrillo, los Fuentes; los Palma, los Guzmán; los Rico, los Valdés; los Zambada, los Arellano, y tantos otros que, como una pléyade de grupos e individuos con iniciativa, investidos simbólicamente como actores sociales de venera popular, han alcanzado fama y renombre hasta trasnacional. Han sido sujetos con una suerte de arraigo orgánico en sus poblaciones de origen; y han sido vistos y hasta entronizados a la categoría de “héroes” (o “antihéroes”, según la perspectiva), en torno a los cuales perviven aún creencias y mitologías sobre sus pretendidas bondades, aventuras, odiseas y hazañas.

A lo largo de varias décadas, decimos, fueron fortaleciéndose estas configuraciones ideológicas. El mito de Jesús Malverde, por otro lado, es un caso atípico, y extraordinario, como elaboración cultural (probablemente único en el mundo), en tanto icono del bandido sacralizado que ha trascendido a nivel nacional e internacional, y que habla de la fuerza que pueden llegar a adquirir los símbolos populares. Por si fuera poco, la iconografía del santo patrón narco ha sido vinculada con un formidable estereotipo de los mass media: leve y sutilmente el rostro de Malverde ha sido retocado, con aires que lo acercan al arquetipo del ídolo Pedro Infante, por lo menos según la perspectiva del autor de los nuevos bustos escultóricos, el artista plástico jalisciense Sergio Flores. El contenido transgresivo del “santísimo” que vigila desde su capilla los rumbos del Palacio de Gobierno Estatal, en Culiacán, aparece casi siempre acompañado --en tanto afiche y como oferta de su imagen milagrera-- de alusiones a Cristo o la Virgen María, en un sincretismo que le proporciona mayor fuerza simbólica, pues lo vincula con la fe y las creencias tradicionales, mayoritarias y densas de la población.

En realidad, en muchos sentidos, las imbricaciones de la economía ilegal con la sociedad y sus formulaciones culturales e ideológicas ya tienen una larga historia. Realidades y creencias han caminado de forma muy estrecha. En el imaginario

cultural sinaloense los reflejos de la vida prosiguen dando de qué hablar, como una constante reverberación de mito, historia y destino. Las propias acciones y versiones policíacas y del Estado contribuyen a engendrar y acrecentar la mitología en torno al mundo de los narcotraficantes y de sus “cárteles”. El entorno de la muerte en un hospital de la Ciudad de México del llamado “Señor de los Cielos”; la fuga de Joaquín Guzmán Loera, “El Chapo”, del penal de Puente Grande, Jalisco; y el deceso en un enfrentamiento policíaco de Ramón Arellano Félix, en Mazatlán, así como la posterior captura del jefe del clan, Benjamín, parecen más escenas del espectáculo y guiones cinematográficos que acontecimientos de la realidad.

En ese entramado de contradicciones, enfrentamiento y crisis social, reconoce el teórico John B. Thompson que la prevalencia o la persistencia histórica de muchas actitudes de escepticismo o cinismo --que van haciéndose cada vez más comunes en la sociedad y en la vida pública, en parte por la labor de expansión comunicativa e ideológica de la industria mediática--, así como las actitudes de rechazo y cuestionamiento de los valores y la ideología hegemónicos, difundidos de forma abierta y subrepticamente por los principales organismos y medios de socialización y comunicación, no significan, sin embargo, necesariamente, “un desafío al orden social”. Más bien, y con frecuencia puede observarse que en diferentes ámbitos sociales ciertos comportamientos que pueden expresar, por ejemplo, “escepticismo”, o bien “hostilidad”, en lo que constituye de facto la vida real, visible, tangible y concreta hasta se mezclan, se imbrican, se funden y “se amalgaman” con la diversidad de los cánones y valores tradicionales y conservadores.

Al paso de los años, los diferentes grupos delictivos, que cada vez se diversifican y fortifican más en el mundo globalizado, han generado y segregado un modo simbólico de percepción ideológica y cultural que ha contribuido para plasmar las justificaciones y los artificios morales y éticos de su autolegitimación. En este proceso ideológico, los miembros de los estamentos delictivos, han llegado a

manifestar convicción, fe, creencia, respecto del horizonte de expectativas y de la necesidad vital de sus actividades. En el recorrido autoenajenante, los actores sociales del “narco” ofrecen la vida y se mueren en la raya, en defensa del mundo de la vida que se han construido, en lo que ha sido, en realidad, una especie de confabulación urdida a partir de las decisiones externas y de las grandes inversiones económicas, “oscuras”, de importantes grupos y actores de poder ligados o enquistados dentro del establishment.

Pero aparte del fortalecimiento, la especialización, la compartimentación y la cohesión interna de las redes delictivas, han requerido de un lenguaje particular, de códigos y claves de comunicación, y hasta de santo y seña, así como de normativizaciones de facto, excluyentes y aislantes, que los han alzado frente a la sociedad como aparentes sectas, cofradías y mafias de comportamientos imperturbables e impenetrables frente al exterior y frente a los organismos de justicia. En el fondo se trata de agrupamientos dirigidos, tras bambalinas y desde dobles y triples anonimatos, por los grandes capitales financieros de alientos nacionales e internacionales.

Mientras tanto, en las rutas regionales, se crían o se gestan las simientes del mito al interior de los grupos organizados, que aparece como un espejo o un reflejo de la sociedad. Porque, dice Arendt, refiriéndose en específico al tráfico de drogas, los asaltos a mano armada y los robos con escándalo, las probabilidades de que los delincuentes de tales categorías **no** sean descubiertos es de nueve a uno; y sólo uno de cada cien delincuentes iría a la cárcel. “Hemos aprendido, a nuestro pesar”, apunta la autora, “que es menos terrible la delincuencia organizada que la de los pillos no profesionales”, pues éstos andan siempre atentos y aprovechan “la oportunidad”, en función de que saben que muy difícilmente podrían ser castigados. Por ello, ha exclamado que la simple “y más que aterradora verdad” estriba que



“en circunstancias de tolerancia legal y social adoptará la más violenta conducta delictiva, gente que en circunstancias normales quizá habría pensado en tales delitos pero jamás llegó a decidir su realización”.<sup>60</sup>

El crimen es un elemento central de la sociedad contemporánea, en su concepción real y potencial. Como diría Foucault, gente que hoy es juez, en otras circunstancias, podría más bien, sin la toga de la autoridad, estar en el banquillo de los acusados. En esta idea, la desviación depende de las condiciones, las situaciones y las circunstancias socioculturales. Y un aspecto relevante lo constituyen los elementos materiales de la gratificación económica, que fungen como carnada, y que se esparcen a través de la información y del rumor. En otros términos, se sueltan los rumores respecto de los elementos mitificantes para consumo masivo a través de los medios. En esta idea, algunos autores resaltan la cuestión de la “fascinación” de la juventud, y de la población en general, por ejemplo, por los placeres y la vida de “los mafiosos”. De tal forma que en una sociedad mundial con marcadas diferencias sociales y económicas, a pesar del mito de la globalización, en un mundo de exclusión por antonomasia, los límites y las fronteras de ciertos esquemas como la astucia, el engaño, la inteligencia, el riesgo, “la aventura” o “el crimen”, se diluyen bajo los afanes de la ganancia y sus lindes se difuminan, se mezclan y se hacen cada vez más indiferenciados.

Retomando la cuestión específica de nuestra temática, los mecanismos impuestos o aprendidos por las necesidades de la sobrevivencia y la reproducción como células y moléculas de poder, enfrentadas entre sí y contra la legalidad del sistema, obligó a los grupos del crimen organizado a construir un soterrado e insólito esquema de valores, normas y pautas de comportamiento. Se trata de una representación ideológica, formalizada y sistematizada, de la desviación. En otros términos, se sintieron exigidos por la dinámica sorda, clandestina, ilegal, corrosiva y perturbadora de sus actividades --y en el entorno de sus creencias, fabulaciones,

---

<sup>60</sup> Hannah Arendt (1999), *Op. Cit.*, pp. 78-79.

mitos, justificaciones, costumbres y hábitos--, a delinear sobre la marcha un transgresivo sistema ideológico particular, **sui generis**, que ha conformado su propia escala de valores, normas y reglas no escritas. Y teniendo el propósito racional, por lo menos en cuanto al ámbito inmediato de los fines, de obtener los máximos rendimientos y ganancias inmediatas y de corto plazo y de hacer perdurable o por lo menos vivible lo que suele identificarse –entre el suspenso, el misterio, el amarillismo y la mitificación--, como la soterrada y al mismo tiempo escandalosa historia secreta del narco, o como la oscura y larga noche sinaloense.

Este doble derrotero del narcotráfico –en los intersticios de la economía y la ideología--, que ha transgredido reglas y normas institucionales y sociales, ha implantado ya su huella, su impronta, su testimonio. En las expresiones culturales contemporáneas se han configurado los llamados “micropoderes”. Hay señales e indicios de que también desde hace tiempo, tras los hábitos, las prácticas y las pautas de la vida cotidiana poco espectaculares y “estridentes”, de hecho han estado configurándose, construyéndose o conformándose múltiples “micropoderes”, que en la factualidad de sus acciones llegan a enfrentarse, de plano, a las intenciones normalizadoras y de autoridad de los poderes hegemónicos, de sus instancias legales y de sus instituciones.

### **--Ideología y crimen.**

Habría que advertir que en el caso del oligopolio de los enervantes ilegales, estamos hablando de una intrincada red de intereses económicos locales, regionales, nacionales y mundiales, vinculados en muchos casos a los marcos económicos legítimos, que en conjunto no son precisamente un “micropoder”. Sin embargo, en los espacios regionales y locales, la persistencia y la fuerza de la actividad ha prohiado que, entre la diversificada actividad relacionante del narco, sus múltiples grupos se hayan convertido en actores que han afectado en estricto sentido el orden

social, amén del efecto simultáneo en las esferas de la cultura y la ideología a través de la subversión simbólica. Nos referimos al impacto de la actividad sobre, por ejemplo, la industria cinematográfica, y sobre la musical, más allá de la discusión respecto de la labor de los creadores populares. Se trata de dos cuestiones distintas: por un lado está la apropiación temática que las corporaciones industriales mediáticas (cinematográficas, radiofónicas, discográficas y televisivas principalmente) han realizado para obtener cuantiosas ganancias explotando un tema que, de suyo, genera atención y morbo; y por otro lado se encuentra la labor de recreación que ciertos autores han realizado sobre una problemática social realmente existente, como el extraordinario y valioso trabajo que han hecho desde hace algunas décadas grupos musicales sinaloenses como **Los Tigres del Norte** o **Los Tucanes de Tijuana**.

Pero en general, en el estricto terreno de las subversiones del mundo imaginario que rodean al sujeto transgresor que tiene que ver más directamente con el ámbito de la industria de las drogas, los actores sociales que actúan fuera del sistema hegemónico y de la ley, más bien tienden a moverse hacia la búsqueda afanosa, la mayor parte de las veces de forma virulenta y compulsiva, de metas, sueños, delirios y utopías, que en un momento determinado (las más de las ocasiones ilusamente), pueden llegar a proporcionarle fugaces satisfacciones. En medio del torbellino de las vidas sin freno, exhibiendo disipación, pertenencias, fuerza, violencia, como un orgulloso comportamiento que es capaz, entre el instinto y la irracionalidad, de enfrentar a la normalidad del sistema social. No son casuales, por ello, los estereotipos del narco mediano o segundón que grita, presume y enarbola como trofeos joyas, propiedades, hembras y “hombría”.

Así, los deseos y los ensueños probablemente tendrían que ver con la desviación sociocultural, la necesidad y las aspiraciones de ascenso en la estructuración social, e incluso con el resentimiento y los deseos de venganza social

que conducen hacia la violencia y la destructividad; pero éstas implican previamente la racionalidad de las ganancias económicas y la constitución simultánea de poder, o del “micropoder”, para concretar los fines, a través de las ilícitas e intrincadas fases de un sórdido negocio, que se ha solidificado paradójicamente entre las estructuras de la llamada sociedad global.

Manuel Castells, al referirse al crimen organizado en los tiempos de la llamada globalización, en relación con la eficacia y la ampliación de las redes transgresoras, establece que las peculiaridades de funcionamiento y las ventajas de esas organizaciones para su expansión, comparadas con las corporaciones y empresas legítimas, han sido la “flexibilidad” y la “versatilidad”. Flexibilidad para negociar con grupos múltiples, y versatilidad para transmutar su fachada, su rostro o sus aspectos empresariales, a través del lavado de dinero. El autor sostiene que “**la interconexión es su forma de operación**”, tanto en lo que compete a los mecanismos internos de cada instancia criminal (por ejemplo la Mafia siciliana, el cártel de Cali, o el accionar **grosso modo** de los principales grupos mexicanos), como en la relación que tiene cada agrupación con las otras organizaciones criminales.

En el escurridizo, peligroso y cuasi intangible mundo de esta ilegalidad, las “redes” productivas y de distribución se han constituido sobre la base, en principio, de grupos familiares y de conocidos muy cercanos, que terminan funcionando por medio de bandas y pandillas locales relativamente autónomas y diferenciadas. A éstas, anota Castells, se les suelen suministrar diversos bienes, recursos materiales y servicios, y de las cuales a su vez reciben (las redes internacionales o los grupos distribuidores), como es lógico, retribuciones en efectivo. Cada grupo criminal organizado posee sus propias normas y códigos y medios para hacer cumplir los compromisos, que por supuesto son tratos de “caballeros” y convenios fácticos y verbales. Y dentro de tales reglas no escritas, pero muy legibles, aparece como un

recurso fundamental el uso de la fuerza, como expresión, resultado y consecuencia de las furias sociales desatadas de la desviación.

“La violencia despiadada (incluidos la intimidación, la tortura, el secuestro de familiares y el asesinato) es, por supuesto, parte de la rutina, con frecuencia subcontratada a asesinos a sueldo”.<sup>61</sup>

Por ello se habla cada vez con mayor frecuencia del pragmatismo criminal, de la compartimentación del crimen, de su necesaria especialización para conseguir eficacia. Por un lado los cultivadores, por otro los empaquetadores y los especialistas de laboratorio; luego los transportistas, de otro los cuerpos de vigilancia, así como los distribuidores, y luego los equipos de analistas, intelectuales, técnicos, jurídicos y financieros. De modo que, así, hay grupos delictivos dedicados casi exclusivamente al asesinato, quienes son subcontratados para realizar ejecuciones o ajustes de cuentas.

Lo más importante, empero, es el “aparato de seguridad” interno y especializado, así como la red de agentes de la ley, jueces y políticos que están en la nómina. Una tesis obvia corre entre los pasadizos del hampa, y más en los senderos de las drogas y que ya en realidad resulta vox populi: Una vez que entran en el sistema o en los circuitos cerrados del “negocio” o del crimen organizado, los hombres “están cautivos de por vida...”. Con el mismo sentido: se puede entrar, pero no salir...O casi. A menos de que se trate de don Epifanio Vargas, el jefe narco de la novela **La reina del sur**, de Raúl Pérez Reverte, personaje que luego de amasar fortuna en los territorios sinaloenses de la droga, habría de incursionar en los quehaceres políticos nacionales. ¿Ficción? Acaso sólo el nombre del personaje.

La poderosa maquinaria empresarial de los narcóticos ha sido una suerte de matriz cultural que ha expandido e impreso su sello sobre múltiples formas

---

<sup>61</sup> Castells (2000), **Op. Cit.**, p. 206.

significativas de su entorno, en los senderos de las concreciones infraestructurales, en el movimiento de los recursos económicos, en el azuzamiento de los comportamientos agresivos y en las esferas ideológicas del imaginario colectivo de la población. Sin menoscabo de la fantasía popular y de la exageración en que suelen caer los medios de comunicación que le han atribuido, y le atribuyen aún, poderes ya sea inmanentes o bien de caricatura, es indudable que su alcance, su efecto e impacto ha sido real, retador, socavador, trastocador, intenso, extenso, diversificado y en distintos grados, que llega incluso a procedimientos patológicos y perversos, por los niveles desmesurados de fuerza y sadismo que en ocasiones, y durante los años recientes, han empezado a mostrar los sicarios en la ejecución o planeación de los asesinatos, venganzas y ajuste de cuentas.

Dada la inestabilidad de los grupos productores, la incertidumbre de la distribución y lo azaroso de los mercados consumidores que se encuentran en constante asedio por los organismos judiciales y por las instancias judiciales específicas de distintas naciones, los grupos delictivos se preparan de antemano para enfrentar las condiciones adversas posibles y previsibles. Ante la adversidad, los grupos y las redes protagónicas han acudido cada vez más a los recursos de las asesorías bursátiles, financieras, de inversión, etcétera, así como a su propia especialización y a la sofisticación de los mecanismos de funcionamiento general de las empresas oligopólicas.

Dicho de otro modo, los grupos que no toman en cuenta la existencia de una férrea competencia en los planos legales e ilegales, tenderán de manera casi inevitable a ser desmembrados y liquidados. Y, de hecho, aquella empresa delictiva que carezca, o que no disponga de un aparato o de un organismo de respaldo o de protección y vigilancia de tipo violento, si no más sofisticado o mejor equipado al del resto de los grupos, han explicado los autores colombianos Ciro Krauhausen y Luis F. Sarmiento (1983), esa empresa podría encontrarse en una clara e importante

“desventaja competitiva”, puesto que tendrían que someterse a los términos y condiciones que imponen los grupos competidores. Los riesgos se incrementan ante la posibilidad de no poder cumplir los contratos contraídos.

Según la percepción de comunicadores y periodistas, las olas de violencia que sacuden y lastiman a las zonas y regiones estratégicas ubicadas en los mapas del narcotráfico, generalmente son una pantalla para, entre otros objetivos, desviar la atención de las autoridades, mientras se consolidan otras rutas y trayectorias más importantes para el tráfico de enervantes. Aunque ello no cancela la posibilidad de que estén ocurriendo fuertes disputas por el control de las zonas productoras, de tráfico y distribución. En todo caso se trata de cruentas batallas en las que están presentes como protagonistas y actores principales los cuerpos policíacos y del Ejército, infiltrados en prácticamente todos los niveles. Los crímenes de personajes públicos importantes, cuyas causales se han vinculado también al mundo de las drogas, y el encarcelamiento de ex funcionarios y ex gobernadores, son señales significativas de que la “guerra” por lo menos ha rozado –y es decir precisamente lo menos-- las altas esferas del Estado.

En la actualidad, la desesperación, y la impotencia, ha hecho mella en ciertas instancias del gobierno mexicano. En la descomposición de la política y la justicia, nada parece funcionar en el enfrentamiento contra la amplia y poderosa industria de los enervantes. Programas e instituciones van y vienen y nada encaja, nada rinde resultados, salvo por la aprehensión, el ajusticiamiento, la liquidación y la desaparición de ciertos sujetos demasiado visibles, que en un momento dado han llegado a colocarse como actores en exceso incómodos. De tal suerte que la lucha parece no tener fin, por lo menos según las definiciones programáticas conocidas hasta hoy, bajo los dictados y la batuta decidida en los Estados Unidos.

Por lo pronto, la investigadora Reguillo expresa la dimensión de la problemática en términos por demás ilustrativos. Quienes cohabitan en los senderos de la desviación social delictiva, son personajes que en un momento dado han sido **tentados**, invitados, sugestionados u obligados, por el “perverso” poder de los grupos delictivos cada vez más fuertes, o por un narcotráfico “ubicuo e intocable”, seducidos y sugestionados por el poder del dinero, o bien atrapados por “el fantasma” de la corrupción a la que resulta difícil rastrear o ubicar con precisión. De tal suerte que los agentes de las instituciones policiales y de seguridad tienden a perder “credibilidad” e indefectiblemente llegan a convertirse en enemigos públicos, visibles y tangibles que aplican, con impunidad, al amparo de las leyes y del poder, real y simbólico de la fuerza, el uniforme y las armas, la violencia cotidiana y cuasilegítima del sistema o del Estado.

El poder del narcotráfico ha rebasado múltiples expectativas. Así como ha inyectado y fortificado con vastos recursos a la economía, también ha propiciado cambios en los roles y comportamientos sociales de quienes se han vinculado al circuito de la industria, directa o indirectamente. Es del conocimiento común que numerosas familias enteras de los sectores rurales –incluidos, las más de las veces, vecinos, amigos, compadres y comadres-- han adquirido de pronto otro estatus; y sin abandonar por supuesto los bienes y los intereses rurales y la bendita tierra de los antepasados, por las necesidades y los ritmos económico sociales que caracterizan a los circuitos de la industria de las drogas, muchos grupos y familias se han visto impelidos, por no decir empujados, a la adquisición de nuevas propiedades y entonces emigran a los centros urbanos, cargando hemos dicho, eso sí, sus tradiciones, costumbres y evocaciones bucólicas.

De acuerdo a la mecánica de las relaciones internas de los miembros de los grupos y a los rituales y los cánones factuales-laborales del “negocio”, quienes acceden a sus estructuras y redes difícilmente pueden abandonarlo, como se ha



señalado antes en este trabajo. Una vez que se han trasgredido las fronteras de las leyes públicas, los mecanismos internos de autoprotección transgresiva tienden a conformarse, a asumirse y respetarse, como normas no escritas, pero fatales, por parte de los miembros de los grupos delictivos. Por las exigencias de sigilo, prudencia y precaución que impone un negocio ilícito de cuidado, la seguridad personal implica también la seguridad de los otros integrantes y la del grupo, por lo que de facto se establece, como describimos, una suerte de solidaridad grupal y comunal. Pero en la conformación de los grupos de mayor rango, de mayor responsabilidad directiva o con más poder, las normas y requisitos para ser partícipes de los mismos, se hacen cada vez más complejos.

Aunque hay que hacer notar que, dados los acontecimientos criminales de los últimos años, las prácticas y los estilos de los grupos parecieran haber resentido cambios. Acaso debido a la proliferación de grupos dedicados al tráfico de estupefacientes, los enfrentamientos entre bandas resultan cada vez más frecuentes. Con la aparición de narcos “piratas”, así como el incremento del consumo, pareciera que la verticalidad y lo cerrado de las viejas estructuras criminales se enfrenta ahora a la dispersión generada por los pequeños grupos competidores, aunque la hegemonía siga existiendo en este mundo concreto y simbólico de la desviación.

Sin embargo, y por lo pronto, la inserción en los espacios citadinos --de los flamantes nuevos ricos procedentes del campo que en muchos casos son iletrados o analfabetas funcionales--, les ha permitido compartir o confrontar y asimilar nuevas formas de interacción social. Estos individuos, que podrían ser identificados en las partes iniciales aún de la cadena delictiva, no tendrán empacho de regodearse con su nueva situación, asumiendo la vanagloria de ostentar simbólicamente su pertenencia. Y por la carga simbólica de su nuevo estatus, amén de la potencialidad violenta o la agresividad implícita que entraña el sujeto estigmatizado, en muchos de los casos

será visto por los vecinos distantes y en los círculos grupales más cercanos, con una mixtura de temor y desconfianza, pero también hasta con admiración y respeto.

Dada la capacidad movilizadora, o en virtud del poder económico, el narcotráfico ha empujado transformaciones individuales y colectivas. Mediante el furtivo y elástico pero implacable alcance de sus tentáculos ha afectado, con variada extensión, densidad y hondura, dimensiones diferentes de la sociedad. Sin duda, el toque de las drogas ha invadido inevitablemente las esferas económica, social, política y cultural.

Empero, las pruebas al respecto se encuentran diluidas en el enmarañamiento de los subterfugios, los artificios y los recursos jurídicos disponibles para esconder o, metafóricamente, para hacer invisibles las evidencias. Y es que los vínculos de soslayo de los diversos dineros, las transacciones y los cruces y las mixturas millonarias y sistemáticas entre los rubros formales y los de dudosa procedencia, han sido realizadas a lo largo de varias décadas. Pero justo es decir que los grandes montos, las grandes ganancias producidas por la generosa tierra sinaloense han emigrado y volado, en su mayor parte, hacia el extranjero.

### **--Mitología, comunicación y mundo social.**

En otro terreno, la acción del narcotráfico ha tocado además, en su especificidad, directamente a la cultura, que a su vez ha redimensionado y resemantizado estereotipos, mitos y leyendas de los ámbitos de la transgresión. Igualmente, a través del “lavado” la actividad se ha inmiscuído por diversas vías en los espectáculos de entretenimiento y diversión, en la música popular, en el deporte, la educación, la academia —en algunos casos, por supuesto, para su estudio—, y hasta en las bellas artes; espacios y formas que han sido alcanzados, impulsados o rozados en mayor o menor medida, por los muchas veces seductores mecanismos

ideológicos y financieros del negocio de los estupefacientes ilícitos, que puede ser visto, relativamente, como una rápida y cada vez más socorrida ruta hacia la prosperidad económica.

En este sentido, los efectos han trascendido a los ámbitos ideológicos. Es decir, desde aquí y desde la cultura los valores y la mitología del narcotráfico retornan a la vida real, en un flujo constante que forma parte del fenómeno como un todo que incluye mundo social; objeto cultural; producción, medios y mensajes; y recepción de las formas simbólicas, en lo que constituye la figura del “diamante cultural”, que incide en la construcción histórica y contextual de los hechos y los fenómenos de la cultura. Durante la convivencia y connivencia centenaria con este mundo de desviación sociocultural, miles de individuos han oteado otros avatares, ilusiones, sueños y destinos.

Entre la creencia y el mito de esos otros rumbos y retos laborales, atractivos aunque temibles, para enfrentar como triunfadores o de pérdida más aceptablemente en términos monetarios la existencia, por lo menos han mostrado idealmente nuevos horizontes de realización de expectativas y de vida en las beligerantes redes de este especial universo, donde se pone en juego la racionalización de la vida, entre los sueños y el instinto, y que mediáticamente ha sido también una ruta para el fortalecimiento de la imagen estigmatizada de la población sinaloense.

La posibilidad de tomar un camino aparentemente más accesible y sencillo — que no lo es, reiteramos, por los riesgos y peligros inmersos— para por lo menos salir de la pobreza o vivir más holgadamente; y con un poco más de “sacrificios”, audacia, voluntad y valentía acaso amasar fortunas y detentar formas de poder (poder de fuego, poder social, poder sobre vidas, poder económico, poder político), son algunas de las ilusiones presentes y constantes en el imaginario colectivo. Este camino a la bonanza ha llegado a constituirse como una de las más densas y sólidas

mitologías en torno a las bondades de la industria. Y sin duda, ciertos y limitados beneficios directos para miles de individuos y familias que han andado entre las fauces del negocio han sido y son absolutamente reales y constituyen de facto una ruptura no únicamente con el orden legal establecido, sino con su condición social previa de atávica pobreza y de ingentes y agudas carencias materiales.

Respecto de esta amplia relación entre cultura, economía y violencia, Castells ha reiterado que el crimen organizado en el planeta está constituido a través de redes especializadas transnacionales. Así, la influencia del crimen global también alcanza los circuitos de la cultura. Por un lado, dice que la identidad cultural nutre la mayoría de los agrupamientos delictivos, y desde ahí aporta los signos, las claves y los mecanismos que dan sustento a la confianza y a los nexos comunicativos que se dirimen dentro de las estructuras de cada red. Sin embargo, la complicidad no llega a impedir los abruptos de la violencia que bulle y late intensamente en los grupos. Inclusive, y en la mayoría de los casos, la violencia se da “dentro de la red”. Y por si fuese poco, dice el teórico español, existe todavía “un nivel” mucho más alto de vinculación, solidaridad y comprensión comunitaria dentro de las organizaciones criminales, que se va constituyendo, construyendo o tejiendo sobre el sustento de “la historia, la cultura y la tradición”, y que de manera especialmente significativa “genera su propia ideología legitimadora”. Sin embargo, en la medida en que el crimen organizado se vuelve más globalizado, se ponen de relieve en mayor medida, también, los elementos, rasgos y componentes más importantes, trascendentes y significativos de su cultura identitaria para no desaparecer o diluirse en el vértigo del espacio de los flujos de la cultura. Al asentarse en el arraigo, los grupos criminales posibilitan la conservación de sus bases y vínculos étnicos y culturales y, cuando es posible, “territoriales”. En esto constituye “su fuerza”. De tal suerte que las redes del crimen organizado, acaso

“llevan la delantera a las compañías multinacionales en su capacidad decisiva de combinar la identidad cultural y la empresa global”.<sup>62</sup>

Conviene esclarecer e insistir, sin embargo, que en el caso de los campesinos sembradores, éstos no obtienen necesariamente, en su mayoría, grandes o significativos beneficios monetarios por su labor de siembra, cultivo y cosecha. Aunque les alcanza para vivir mejor que si sembraran sólo productos básicos para la alimentación, como maíz, frijol y hortalizas. Dada la estructuración del negocio, el valor agregado de las drogas, por los múltiples riesgos, los sobornos y la transportación, se va acumulando hasta llegar a los extremos postreros relacionados con el consumo. Por ejemplo, en el caso de la cocaína, los precios aproximados que los productores reciben por un kilogramo, en Colombia, es de alrededor de 4,500 dólares; ya en las esferas de la distribución para el consumo al menudeo, los precios alcanzan en las calles de las ciudades estadounidenses, como Nueva York, montos de entre 110 mil y 150 mil dólares por kilogramo. La situación resulta similar en la producción de amapola para la posterior elaboración de la heroína y sus derivados.

Por lo pronto la sociedad padece los resultados de una actividad que creció en la mixtura de acciones entretrejidas en el clandestinaje y la vida pública, en el albedrío de las leyes no escritas de los más fuertes, aunque determinados por el poder de importantes grupos políticos y económicos que han dirigido los destinos locales, regionales y nacionales. En todo caso no se deben confundir los efectos con las causas que han conducido a una colectividad a la adopción, o recreación, reproducción y reiteración de formas de sobreexistencia diversas, en el contexto de la acción de influencia e impactos multiplicadores de la industria en torno a la materia prima de los psicotrópicos abundantes de la región.

En este orden de ideas, las generaciones actuales resienten o exhiben el sino de añejas costumbres, ritos y usanzas, acicateadas por las acciones reforzadoras de la

---

<sup>62</sup> Castells (2000), *Ibid*, p. 232.

comunicación de masas. En tanto cultura “mosaico” que une tradición y modernidad y sincretismos culturales, la sinaloense ha crecido y bailado también al son de la industria radiofónica, que ha sido un bastión mediático fundamental, de naturaleza escatológica, de los tiempos de la cultura de masas. Y es que la radio, vía la música, ha tenido una presencia reiterativa, ligada a la impronta de las tradiciones populares, aunque en este caso como industria excavadora y explotadora y prácticamente expoliadora de los acervos de las culturas populares, en sus desmedidos y sistemáticos afanes mercantilistas y de lucro. En este sentido, ha jugado un papel central de coadyuvancia en la construcción de las representaciones sociales y los imaginarios colectivos.

Con los ingredientes insoslayables de las raíces prolijadas por el regionalismo, en un proceso híbrido, la llamada industria de la radio (léase: la industria de la cultura), confabulada implícitamente con los intereses generados por el narcotráfico, ha realizado una labor de recopilación de valores y “antivalores”, que devino en la fabricación de productos culturales; en éstos se han plasmado fundamentos, rasgos, líneas y características populares (entre fonemas y morfemas peculiares, versos, dichos, refranes, locuciones, ritmos, cadencias, estilos, formas), que son ahora parte de un vitaminado, resemantizado, vigoroso y candente folclor, como expresión indubitable de la rica simbología sinaloense.

Al respecto, retomamos un apunte de Martín-Barbero: no habría de olvidarse que “lo popular está construido de “mestizajes”, complicidades y contradicciones”. Las mediaciones implican un proceso en el que el discurso de los medios se adapta a la narrativa tradicional del mito y el melodrama, en la que las audiencias aprenden a reconocer su identidad cultural colectiva en el discurso de los mass media. En efecto, la cultura, y en particular la ideología hegemónica, se construyen en función de múltiples aportes, y no es simple resultado de operaciones esquemáticas de

imposición o dominación. Por ello lo popular, explica Martín-Barbero, se relaciona con evidente eficacia al fenómeno de la masificación cultural.

Por otro lado, ha explicado por su parte Pierre Bordieu, el “poder simbólico” sólo se ejerce con la intervención, participación o “colaboración” de quienes precisamente lo padecen, porque sin duda contribuyen a **establecerlo** social e históricamente. De tal manera que esta especie de “sumisión” o dependencia no tiene, en absoluto, nada que ver con una relación de “servidumbre voluntaria”. Esa formulación de la complicidad no necesariamente se establece mediante actos conscientes y deliberados. Incluso, la complicidad

“es el efecto de un poder, inscrito de forma duradera en el cuerpo de los dominados, en forma de esquemas de percepción y disposiciones (a respetar, a admirar, a amar, etc.), es decir, de creencias que vuelven **sensible** a determinadas manifestaciones simbólicas, tales como las representaciones públicas del poder”.<sup>63</sup>

Así que, en esta historia, las industrias discográfica, videográfica y cinematográfica, junto a los demás medios electrónicos, amén de la muy elocuente prensa amarillista, entre otros artículos propios del funcional analfabetismo como la literatura “chatarra”, han sido receptáculo y caja de resonancia, reproductora de los ecos culturales y de la ideología legitimadora en torno a la industria de las drogas. Aunque no quiere decir esto que la explotación mediática del tema, para enriquecimiento de los mercaderes de la cultura, haya sido exclusiva de la región. Sin embargo, se sabe que ha habido no sólo compositores especializados en la alegoría y la alabanza del narco a través de la narrativa musical, como Chalino Sánchez, sino también empresas discográficas regionales en Los Mochis y Culiacán dedicadas básicamente a la producción sobre los asuntos propios de “chivas”, “gallos” y “pericos”. Como efecto quizá de esta bonanza cultural, se forjaron

---

<sup>63</sup> Bordieu (1999), *Op. Cit.*, pp. 225-226.

múltiples grupos y bandas musicales de oriundez regional, algunos de los cuales, sin embargo, han terminado por reivindicar y trascender culturalmente a la temática, en estricto sentido, y en ciertos casos, por la reciedumbre y el vigor de los contenidos; acaso también por el tratamiento rítmico y estético; y probablemente hasta por las sutilezas cautivantes de la formulación artística.

El auge del narcotráfico le ha llevado a decir a la ya citada Rossana Reguillo que en la narrativa social, policías y políticos han asumido, o han sido vistos, como una forma de “demonios” que, bajo el amparo de una supuesta o pretendida legalidad, más bien son percibidos socialmente como significativos agentes del “deterioro”, además de

“cómplices de una delincuencia que avanza, incontenible, no sólo sobre la institucionalidad, sino sobre todo ciudadanos que experimentan la vida cotidiana como un caos en el que las violencias no son diferenciables”.<sup>64</sup>

La sociedad, como una telaraña de nudos y retuércanos, de grupos e intereses políticos y económicos, en tanto productora de sus propias imágenes, genera sus mecanismos ideológicos de legitimación y prohija, al mismo tiempo, en los subterfugios y subterráneos de la ilegalidad, las formas ideológicas relativas a su propio cuestionamiento, y muestra también las formas desviadas de su crecimiento y desarrollo. Así, los medios de comunicación han sido capaces de mostrar, de forma directa e indirecta y a pesar del sensacionalismo y de los espejos cóncavos, las retorsiones de una sociedad convulsionada. Pero hay que advertir que la actividad periodística es, siempre, una esfera en la que la sociedad y la población se miran, se reflejan y se expresan, con su multitud de problemas, vicios, valores, virtudes y contradicciones. Y en este sentido, la prensa escrita, además de la radio, entre otras

---

<sup>64</sup> R. Reguillo (2001), *Op. Cit.*, p. 84.



instituciones de la massmediación, han sido cruciales para la reproducción, el fomento, la aceptación y la tolerancia de esta forma compulsiva de transgresión.

Para dos o tres generaciones de sinaloenses, “esa hija degenerada de la fuerza que es la violencia” se ha manifestado explícita, como un fenómeno construido socialmente, ya como predisposición y hábito de ciertos grupos y que de muchas maneras hace eco en los comportamientos de vastos segmentos sociales. Y podrá parecer “insólita” o “irracional”, “necesaria” o “pragmática”, pero la violencia sigue ahí, como parte del hombre y sus circunstancias, y que se expresa vía múltiples formas a través de los lazos indisolubles de la comunicación y la cultura.

Las formas de organización y funcionamiento, marcadas y estigmatizadas por la violencia, de los grupos delictivos dedicados al narcotráfico tienen pues sus reglas, códigos y lenguajes particulares. Y tales normatividades regidas por la ley de la plata y el plomo, en donde se entrecruzan lealtades, afectos, complicidades silenciosas, presiones, amenazas abiertas y sutiles, coerciones, agradecimientos y liderazgos de humo y fuego, se van forjando, sin embargo, en virtud de necesidades económicas y condiciones de sobrevivencia, dentro de un mundo hostil, de violación franca y soterrada de derechos y libertades, entre la sutil y la aviesa ilegalidad, que no podrían mirarse o concebirse, en ese ámbito, de otra manera. El emporio de las drogas, al margen de sus múltiples nexos, parece un mundo aparte. Acaso un otro “yo” social. Desde la perspectiva de los viejos teóricos de la Escuela de Frankfurt, se trataría de un legado irracional, y al mismo tiempo lógico, como manifestación y expresión de la razón, la ilustración y la modernidad. Y es que millones de hombres en el mundo viven y laboran, precisamente, entre los senderos de la violencia, y en las antesalas ennegrecedoras y alienantes de los poderes del crimen y de la muerte.

### Referencias (Capítulo III)

- 1.- Arturo Pérez Reverte (2002), **La reina del sur**, ed. Alfaguara, México.
- 2.- Luis Astorga (1996-A), **Mitología del “narcotraficante” en México**, Ed. UNAM-Plaza y Valdés, México.
- 3.- Julio Scherer (2001), **Máxima seguridad**, ed. Grijalbo, México.
- 4.- Nery Córdova (2002), **Una vida en la vida sinaloense. Memorias de Manuel Lazcano y Ochoa**, ed. Universidad de Occidente, Los Mochis, Sin., México.
- 5.- Sam Quiñones (2002), **Historias verdaderas del otro México**, ed. Planeta, México.
- 6.- J. Santos Madariaga (1996), **Perfil socioeconómico del estado de Sinaloa y sus 18 municipios**, ed. UAS, Culiacán, Sin., México.
- 7.- J. María Figueroa y Gilberto López Alanís (1999), **San Ignacio. Encuentros con la historia**, ed. Presagio, Culiacán, Sin., México.
- 8.- Arturo Lizárraga (2004), **Nos llevó la ventolera... El proceso de la emigración rural al extranjero en Sinaloa**, Ed. UAS, Culiacán, Sinaloa.
- 9.- Héctor R. Olea (1988), **Badiraguato: visión panorámica de su historia**, ed. DIFOCUR, Culiacán, Sin., México.
- 10.- Herberto Sinagawa (1986), **Sinaloa. Historia y destino**, ed. Cahita, Culiacán, Sinaloa.
- 11.- Luis Astorga (1996-B), **El siglo de las drogas**, ed. Espasa Calpe, México.
- 12.- Carlos Monsiváis (1992), **Fuera de la ley**, ed. Cal y Arena, México.
- 13.- John B. Thompson (2002), **Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de comunicación de masas**, ed. UAM-X, México.
- 14.- Manuel Castells (2000), **La era de la información, Tomo III**, ed. Siglo XXI, México.
- 15.- Rossana Reguillo (1999), “Las culturas emergentes en las ciencias sociales”, en **Pensar las ciencias sociales hoy**, ed. ITESO, Guadalajara, Jalisco.
- 16.- Anthony Giddens (2000), **Sociología**, Alianza Editorial, Madrid.
- 17.- Ciro Krauthausen y Luis F. Sarmiento (1993), **Cocaína & Co. Un mercado ilegal por dentro**, ed. Tercer Mundo, Bogotá.
- 18.- Hannah Arendt (1999), **Crisis de la república**, ed. Taurus, Madrid.